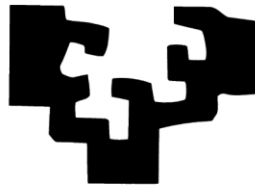


ESCUELA UNIVERSITARIA DE ESTUDIOS EMPRESARIALES DE DONOSTIA - SAN
SEBASTIÁN

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

CRECIMIENTO, DESARROLLO E INDICADORES DE BIENESTAR

TRABAJO DE FIN DE GRADO

AUTORA: ALBA DE PRADA SANTOYO

CURSO 2015/2016

DIRECTORES: KOLDOBIKA UNCETA SATRUSTEGI

VERÓNICA CASTRILLÓN SERNA

ÍNDICE

1.	INTRODUCCIÓN	3
1.1.	PRESENTACIÓN DEL TEMA	3
1.2.	OBJETIVOS PLANTEADOS	3
1.3.	METODOLOGÍA EMPLEADA.....	4
1.4.	ESTRUCTURA DEL TRABAJO.....	5
1.5.	RAZONES DE LA ELECCIÓN DEL TEMA.....	6
2.	CRECIMIENTO, DESARROLLO Y SU CONTROVERSIA.....	7
3.	REVISIÓN DE TRABAJOS	14
3.1.	PROSPERIDAD SIN CRECIMIENTO.....	15
3.2.	EL FETICHE DEL CRECIMIENTO	26
4.	INDICADORES DE BIENESTAR	41
4.1.	EL PIB COMO INDICADOR DEL CRECIMIENTO	41
4.2.	CRÍTICAS AL PIB	43
4.3.	ALTERNATIVAS AL PIB	44
4.3.1.	ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO.....	46
4.3.2.	LA HUELLA ECOLÓGICA.....	50
4.3.3.	CONCLUSIÓN: DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE.....	52
5.	CONCLUSIONES PERSONALES	56
6.	BIBLIOGRAFÍA	58

1. INTRODUCCIÓN

1.1. PRESENTACIÓN DEL TEMA

En este Trabajo de Fin de Grado de la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de Donostia-San Sebastián, titulado *Crecimiento, Desarrollo e Indicadores de Bienestar*, principalmente, estudiaremos de qué se tratan los conceptos crecimiento económico y desarrollo, y expondremos algún indicador para medir el bienestar.

El crecimiento económico, es decir, el aumento de la producción de bienes e ingresos, se ha considerado a lo largo de la historia vital para el bienestar humano. A pesar de ello, este fenómeno ha causado numerosos problemas y diversas opiniones, que provoca pensar que, tal vez, el bienestar de las personas y el crecimiento económico no tengan una relación directa.

Uno de los debates que ha originado varios puntos de vista es el establecimiento del PIB como indicador del bienestar social en la contabilidad nacional, del cual trataremos en este documento.

De igual manera, otro de los grandes problemas vinculado al crecimiento económico, es la contradicción en la relación entre los recursos naturales limitados de los que disponemos y la propuesta del continuado crecimiento económico.

Por lo tanto, en este documento, realizaremos un trabajo de investigación tratando todos estos temas e intentado llegar a algunas conclusiones a partir de los objetivos marcados que mencionaremos en el siguiente punto.

1.2. OBJETIVOS PLANTEADOS

Lo que nos proponemos conseguir mediante este trabajo de investigación es dar respuesta, o por lo menos, alcanzar una información suficiente como para establecer unas opiniones críticas y constructivas a cerca de, principalmente, dos cuestiones muy ligadas, que se encuentran en el orden del día en el ámbito económico y político.

La primera y la más genérica de ellas es hallar la respuesta a la siguiente pregunta: ¿el bienestar de los seres humanos aumenta cuando también aumenta el crecimiento económico? Esta cuestión puede llegar a crear muchísima controversia, opiniones de diversa índole y difícilmente encontraremos la respuesta en esta investigación. Aún y todo, trataremos de aportar la mayor información posible para que cada uno de los lectores cuente con una base importante de conocimiento y pueda crearse su propia crítica individual constructiva.

Simultáneamente y totalmente relacionada con la anterior cuestión, trataremos de decidir si el PIB es el indicador ideal para medir el bienestar social, si admitimos, tal y como lo hace la teoría económica convencional, que un mayor crecimiento económico equivale a un aumento del bienestar social.

De la misma manera, nos plantearemos otra sub-pregunta que mencionaremos fugazmente, aportando un ápice de información y opiniones. Para obtener dicha conclusión, nos basaremos esencialmente, en las lecturas de Tim Jackson y Clive

Hamilton, que mencionaremos en el siguiente punto de este apartado, referido a la metodología empleada.

En esta sub-pregunta, nos cuestionaremos sobre si el crecimiento económico ilimitado puede compatibilizarse con el desarrollo sostenible, es decir, si el continuado incremento en el crecimiento económico puede mantenerse en un planeta, en nuestro planeta Tierra, donde los recursos naturales son limitados, donde muchos de los recursos naturales no pueden renovarse y reutilizarse. Esta cuestión también es difícil de abarcar y llegar a un consenso, pero como hemos dicho anteriormente, nuestro trabajo consiste en aportar información y nuestras propias conclusiones con el propósito de hacer pensar a los lectores sobre estas incógnitas y hacer que cada uno de ellos se formule cuestionamientos acerca de los diversos temas de mucho calado que vamos a tratar.

1.3. METODOLOGÍA EMPLEADA

Para la realización de este trabajo nos hemos basado fundamentalmente en trabajos teóricos, si bien hemos recurrido en determinadas ocasiones a datos estadísticos para mostrar ciertas evidencias.

Gracias a la sugerencia del profesor Koldo Unceta, nos hemos inspirado casi en la totalidad del trabajo, en dos libros dedicados íntegramente a detallar a qué se refieren los términos de crecimiento económico, desarrollo, prosperidad, progreso, etc. y a debatir sobre la idoneidad del PIB como mejor indicador del bienestar. Son, por una parte, *Prosperidad Sin Crecimiento*, de Tim Jackson, profesor del Desarrollo Sostenible en la Universidad de Surrey (Reino Unido) y director del Grupo de Investigaciones sobre Estilos de Vida, Valores y Medio Ambiente (RESOLVE, son sus siglas en inglés).

Por otro lado, hemos utilizado *El Fetiche del Crecimiento*, cuyo autor es Clive Hamilton, profesor de la Universidad Nacional de Australia y de la Universidad Tecnológica de Sídney. También es el director ejecutivo de The Australia Institute, el gabinete de estudios australiano más importante para asuntos de interés público.

Como hemos mencionado anteriormente, estos dos libros representan el grosor fundamental de este documento.

De la misma forma, hemos trabajado y analizado minuciosamente diversos artículos y textos escritos por el profesor Koldo Unceta. El primer artículo, se trata de una publicación en la revista *Carta Latinoamericana*, titulado Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo: una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones.

El segundo artículo, Crecimiento, desarrollo y sostenibilidad. La trampa del concepto, cada vez más peligrosa, se presenta en la revista *Economistas sin Fronteras*, publicado en esta primavera del 2016.

Estos dos escritos, nos han servido para comprender el significado real del crecimiento económico, desarrollo y su amplia controversia.

Otro texto, titulado Crecimiento, Decrecimiento, y Buen Vivir, aparece plasmado en el libro *Construyendo el Buen Vivir*, y nos ha servido para formarnos una crítica

personal acerca de si el decrecimiento es la solución al incesante, insostenible y continuo crecimiento económico o debemos apostar siempre por el crecimiento.

Igualmente, nos hemos apoyado en una breve lectura escrita por Koldo Unceta, titulada *De los ODM a los ODS*, para matizar un poco más sobre el paso de los Objetivos de Desarrollo Milenario a los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

De la misma manera, hemos analizado el libro titulado *Ensayos sobre el desarrollo humano* coordinado por Koldo Unceta y Pedro Ibarra, centrándonos primordialmente en el primer capítulo titulado *Desarrollo humano: Origen, Evolución e Impacto*, para realizar el punto dedicado al índice de desarrollo humano.

Simultáneamente, hemos examinado el trabajo de fin de máster de Andrés Fernando Herrera, *Encuentros y desencuentros entre el Desarrollo Humano y el Desarrollo Sostenible*, y el artículo de Bob Sutcliffe, *Desarrollo frente a ecología*, publicado en la revista *Ecología Política* para concluir el apartado número cuatro titulado “Indicadores de Bienestar” abarcando el asunto de desarrollo humano sostenible.

Finalmente, hemos visitado varias páginas web. Por una parte, por recomendación de la profesora Verónica Castrillón, en el apartado titulado “Alternativas al PIB” hemos analizado el texto *Time to leave GDP behind* (Constanza et al., 2014) e incluido una referencia al Índice para una Vida Mejor (*Better Life Initiative*: OCDE, 2015b). Además, hemos revisado el informe *Human Development Report* (OCDE, 2015a) para la elaboración de una tabla con datos comparados del IDH (Índice de Desarrollo Humano) en distintos países.

También hemos empleado la página web del diario *El País*, gracias a la sugerencia del profesor Koldo Unceta, para leer la crítica que hizo en el año 2008 al libro *El fetiche del crecimiento*, para así facilitarnos la forma de estructurar la exposición del mismo en el tercer punto de este escrito.

Igualmente, hemos navegado por la web consultando las páginas de *Gestiópolis* (página web donde diversos profesionales comparten sus conocimientos sobre el mundo administrativo, tecnológico, de marketing, financiero, económico, etc.) y *Expansión* (un diario económico digital), para aclarar los conceptos de crecimiento económico y desarrollo económico.

De la misma manera, hemos visitado la página web oficial del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para informarnos sobre los objetivos de Desarrollo Sostenible que se plantean, informarnos acerca del Índice del desarrollo Humano y la página web de Banco Mundial para consultar pequeños datos del PIB por habitante.

De la misma manera, hemos navegado por la página web oficial de Global FootPrint Network, para informarnos sobre la huella ecológica.

1.4. ESTRUCTURA DEL TRABAJO

Este documento se encuentra dividido en cuatro apartados distintos, además de esta pequeña introducción para empezar a adentrarnos en el temario y el sexto punto correspondiente a la bibliografía.

Primeramente, comenzaremos definiendo e intentando comprender el concepto de crecimiento económico, desarrollo económico y su controversia en relación a si mayor crecimiento económico genera mayor bienestar, mencionando algún dato sobre sus orígenes, historia y autores.

Seguidamente, nos centraremos en exponer los dos trabajos realizados por los dos autores y especialistas Tim Jackson y Clive Hamilton. Trataremos cuáles son sus visiones y opiniones acerca del crecimiento económico, su concepto de bienestar social y desarrollo.

Continuaremos realizando un análisis sobre la idoneidad del PIB como indicador del bienestar social. Primeramente, veremos cómo se estableció el PIB como medidor del crecimiento económico, citaremos sus deficiencias y propondremos ciertas alternativas al mismo como son el Índice de Desarrollo Humano y la Huella Ecológica. Igualmente, terminaremos este apartado con una pequeña conclusión abordando el tema de desarrollo humano sostenible.

En el punto final, reflejaremos nuestras conclusiones obtenidas a lo largo del documento. No se tratará de un resumen de lo dicho anteriormente, sino que, en esta sección, una vez de haber analizado y estudiado el tema, intentaremos dar nuestra opinión personal, razonada y coherente a las preguntas formuladas al inicio de este trabajo de investigación planteado.

Con nuestras ideas acerca de estas materias, no pretendemos persuadir a nadie a pensar de ninguna manera determinada, lo único que queremos procurar es que los lectores hagan una pequeña reflexión sobre nuestra situación actual en el panorama económico y la velocidad intrépida a la que vamos “avanzando” en nuestras sociedades modernas capitalistas y sumamente consumistas.

1.5. RAZONES DE LA ELECCIÓN DEL TEMA

Tenemos varias razones por las que optamos este tema para realizar y finiquitar nuestro Grado en Administración y Dirección de Empresas, pero la principal de ellas es que muchas veces nos centramos en el ahora, en lo inmediato y no invertimos nada de nuestro tiempo en preguntarnos sobre cuestiones de mucha importancia que pueden afectar a nuestro porvenir.

Actualmente, estamos padeciendo un crecimiento económico desmesurado junto a una incesante contaminación, generación de residuos y utilización de recursos naturales, que pensamos jamás se terminarán. Pensamos que estos hechos no van a ocurrir, ignoramos estos temas y pensamos que nunca llegarán a materializarse, pero no es así.

De la misma forma, apenas nos ponemos a pensar el por qué de nuestras compras excesivas, el motivo por el cual el adquirir nuevos bienes sin parar no nos hace sentir mejor, por qué nos sentimos tan solos y vacíos teniendo tantas bienes materiales, etc. Por ello, hemos querido hacer un estudio sobre estos temas que están en la actualidad, pero que a muchas personas, sobre todo a políticos y economistas les incomodan y prefieren ignorar, pues su único propósito y devenir es el aumento continuado del crecimiento económico, calculado mediante un indicador aceptado por todo el mundo como es el PIB.

La elección de este tema por lo tanto, se debe a que queremos indagar más profundamente sobre cuestiones que conviven con nosotros, que no queremos ver, y puede que tal vez, no nos afecte a los presentes hoy en día, pero sí a nuestros sucesores. También para ampliar nuestro conocimiento y poder establecer juicios con conocimiento de causa y contundentes.

2. CRECIMIENTO, DESARROLLO Y SU CONTROVERSIA

En este segundo apartado, procederemos a analizar los términos de crecimiento económico, desarrollo económico y el debate sobre las relaciones entre ambos conceptos.

Para empezar, podemos decir que el crecimiento económico es el ritmo al que aumenta la producción de bienes y servicios de una economía durante un periodo determinado. Dicho periodo podría tratarse del corto plazo, pero normalmente se refiere al largo plazo, pues la teoría del crecimiento económico analiza los factores que afectan en el ritmo del crecimiento durante plazos más prolongados (Uxó, 2016).

Por lo tanto, podemos definirlo como la capacidad que tiene una economía de producir más y más bienes y servicios. Se trata del aumento del producto e ingreso por persona en el largo plazo; el proceso por el cual una economía tanto nacional, regional como mundial se vuelve más rica.

Otra definición podría ser, literalmente, “la expansión de las posibilidades de producción, es decir, que una economía puede producir más cantidad de todo lo que produce” (Krugman y Wells, 2007; Gestiópolis, 2016).

Lo que el Banco Mundial (25 de marzo de 2016) nos dice literalmente acerca del crecimiento económico es lo siguiente:

El crecimiento de la economía constituye un aspecto central del desarrollo económico. Cuando el ingreso de los países aumenta, se benefician las personas. Si bien no existe una fórmula conocida para estimular el crecimiento económico, los datos pueden ayudar a los encargados de formular políticas a entender mejor la situación económica de sus países y orientar cualquier esfuerzo destinado a mejorarla. Los datos entregados aquí abarcan indicadores del crecimiento económico, como el Producto Interior Bruto (PIB) y el Ingreso Nacional Bruto (INB). También se ofrecen otros indicadores que son relevantes para el crecimiento económico, entre ellos: capital, empleo, inversión, ahorro, consumo, gasto público, importaciones y exportaciones (Banco Mundial, 25 de marzo de 2016).

El crecimiento económico ha sido una preocupación mundial para los economistas desde hace ya mucho tiempo. Se trata de un problema fundacional de la ciencia económica sobre el que mencionaba Adam Smith en su libro *Riqueza de las Naciones* en el año 1776. Sobre su punto de partida e historia trataremos un poco más adelante.

Como acabamos de mencionar anteriormente, el crecimiento económico sigue siendo un asunto de máxima importancia para nuestros políticos y economistas. Vivimos en un capitalismo moderno donde todo el mundo damos por verdadero que un mayor crecimiento económico, o sea, tener más bienes, más dinero para comprar objetos que satisfagan nuestras necesidades vitales y las creadas por nosotros mismos,

nos aportarán mayor bienestar. No entendemos una teoría económica en la cual su principal objetivo no sea el crecimiento económico.

Por otra parte, el desarrollo económico, también conocido como prosperidad, se trata del crecimiento sostenible desde el punto de vista económico, social y medioambiental (De Tomás, 2003; Gestiópolis, 2016). En otras palabras, se define como el aumento persistente del bienestar de una población, pero ¿qué es el bienestar?, ¿qué factores contribuyen al bienestar? Estas preguntas son las que nos hacen tener tremendos quebraderos de cabeza.

Por lo tanto, el crecimiento económico es el cambio continuo de la producción agregada a través del tiempo y el desarrollo económico es el incremento del bienestar de la población a lo largo del tiempo. Por lo tanto, cabe preguntarnos si ambos conceptos tienen una relación directa, es decir, que cuando el crecimiento aumenta, lo hace también el desarrollo, o si por el contrario, poseen una relación inversa. Se trata de una cuestión subjetiva, que no tiene una respuesta científicamente probada.

El crecimiento económico es el aumento de la producción en el transcurso del tiempo y el desarrollo analiza el crecimiento en un largo plazo incluyendo transformaciones que puedan suceder en ese periodo tales como la transformación de la estructura productiva, tecnología, instituciones, relaciones sociales y políticas, distribución de los productos, etc. Se supone, o lo ideal sería que, en el largo plazo, el crecimiento implicase desarrollo por las transformaciones habidas. La idea generalizada en nuestra sociedad, aunque no por ello debe ser la verdadera, es que no hay crecimiento económico sin desarrollo, y tampoco habrá desarrollo económico sin crecimiento económico. El crecimiento económico únicamente será desarrollo si hay un mayor bienestar social, si es igualitario, aboga por el progreso social, si significa desarrollo humano, es decir, si promueve la realización plena de las personas (De Tomás, 2003; Gestiópolis, 2016).

A continuación, señalaremos las explicaciones más recurrentes sobre la importancia alcanzada por el crecimiento económico como aproximación al bienestar.

Para comenzar, suele indicarse que las necesidades humanas van incrementándose, y para poder satisfacerlas, hay que producir más y más. Además, esta producción irá aumentando a medida que el número de habitantes crezca y con ello, sus expectativas de bienestar (Unceta, 2016: 27).

En una segunda posición, nos encontramos con el aumento de rentas que permite incrementar el consumo de bienes y servicios. Se supone que gracias al crecimiento económico, se generan más puestos de trabajo y mayores cantidades salariales para poder adquirir más productos y mejorar así nuestro bienestar (Unceta, 2016: 27).

En tercer lugar, la medición generalizada y utilizada en las contabilidades nacionales para cuantificar el crecimiento económico, se hace a través del PIB por habitante (Producto Interior Bruto por habitante). Se trata de una fórmula bastante sencilla para poder simplificar la realidad y establecer metas y objetivos cuantificables. Muchos políticos y economistas, utilizan este indicador para demostrar sus logros sin tener en cuenta la repercusión real originada en la sociedad, o sea, los factores cualitativos (Unceta, 2016: 27).

Para terminar, la defensa del crecimiento económico lleva a no plantearse ninguna modificación en la distribución de la renta, lo que evita el debate y la propuesta de la redistribución y su conveniencia (Unceta, 2016: 27).

Aún y todo, la defensa del crecimiento económico no ha sido siempre aceptada ni unánime; a lo largo de la historia han habido muchos autores con diversos puntos de vista, que han cuestionado la verdadera idoneidad del crecimiento económico y si realmente, ello implica desarrollo y bienestar social.

Como acabamos de comentar, toda esta controversia no es ninguna novedad, pues se trata de una preocupación que venimos acarreado desde los siglos XVIII y principios del siglo XIX.

El mayor hito de este debate quedó plasmado con la publicación de *La Riqueza de Las Naciones*, escrito por Adam Smith, economista y filósofo, en el año 1776, como hemos comentado previamente (Smith, 1776; Unceta, 2009: 4). En este momento, se abrió oficialmente el debate sobre el desarrollo, que perdura hoy en día. Se trata del padre del liberalismo económico y en su publicación se pueden resaltar tres principios que son los siguientes: el primero de ellos, es que el ser humano es un ser económico que busca el ánimo de lucro; el segundo, que el universo está organizado de manera que el esfuerzo individual contribuya al bienestar social y finalmente, de acuerdo a estos dos criterios, lo ideal es dejar que el proceso económico prosiga su camino (*laissez-faire*).

También hubo otros pensadores como Aristóteles en la Grecia Clásica (aproximadamente 350 años A.C.) que se cuestionaban cómo podía lograrse un mayor bienestar social en distintas naciones, etc. (Aristóteles, 350 años A.C.; Unceta, 2009: 7).

Igualmente, algunos autores desarrollistas destacan el deterioro originado por los términos de intercambio, es decir, la evolución de los precios en las exportaciones e importaciones, y las transferencias de valor entre países que ello implica, a favor de los países ricos y empobreciendo aún más a los más vulnerables. Ellos también se cuestionaron sobre si el crecimiento era algo provechoso, afirmando que sus puntos fuertes no estaban asegurados (Unceta, 2016: 28).

De la misma forma, y más actualmente, en el año 1972, José Luis Sampedro, escritor, humanista y economista, publicó su libro titulado *Conciencia del Subdesarrollo*, donde reflexionaba sobre el debate y confusión entre los términos de crecimiento y desarrollo (Sampedro, 1972; Unceta, 2016: 27).

Asimismo, la línea que adopta el apartado sobre Desarrollo Humano que sigue trabajando el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) desde hace ya unos veinte años aproximadamente, es que los bienes y los servicios no son valiosos por sí mismos, lo son por lo que la gente puede hacer con ellos (Unceta, 2016: 28).

Otros muchos economistas y autores como Hirsh, Scitovski, Max-Neef, también han manifestado que muchas veces, un mayor crecimiento económico no ha dado lugar a mayor bienestar entre las personas. En numerosas ocasiones, apenas hay relación entre más renta y más felicidad, pues muchas veces ese mayor ingreso se consigue sacrificando tiempo de ocio, tiempo para estar con los seres queridos, etc. También han criticado que si la calidad de vida de las personas sólo se puede mejorar a

través de bienes materiales, la producción debe ser incesante, y eso al final, no es sostenible (Unceta, 2016: 28).

En este contexto de crítica al crecimiento económico, también hay quien defiende el decrecimiento como alternativa. Se conoce como decrecimiento a la corriente de pensamiento económico, político y social que busca disminuir la producción de forma controlada y progresiva para establecer un equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza. Esta teoría se creó en los años 1970 por el matemático, estadístico y economista Nicolás Geogescu Roegen (Roegen, 1970; Unceta, 2012). Muchos economistas han seguido su corriente para seguir investigando, y el más famoso de ellos es Serge Latouche.

Según Latouche, el decrecimiento es un término que se emplea para crear impacto. La situación del planeta Tierra es pésima y lo que se pretende es idear una solución rápida en lugar de tomar medidas para reducir el consumo a largo plazo. Piensa que nadie hace nada, ni los políticos que son los que tienen el poder. Éstos mismos promueven medidas para reducir el consumo de recursos naturales y luego, son los que dictan leyes que permiten la deforestación, un uso masivo de petróleo, etc.; realizan actos ilógicos y contrapuestos (Latouche, 2008; Unceta, 2012).

Aunque hayamos expuesto únicamente autores que se plantearon cuestiones acerca de si un mayor crecimiento económico era favorable o no, está claro que a lo largo de la historia también tuvo sus seguidores e importancia. Ha habido épocas en las que se veía que el crecimiento económico era la única salida para progresar.

Así, la Revolución Industrial (1760-1840, aproximadamente) implicó un crecimiento exponencial de la producción del carbón, de acero, textiles, ampliación de las vías férreas, etc. y todo ello, originó una época de optimismo en cuanto a las posibilidades de creación de nuevas técnicas productivas. En este periodo comenzó una nueva era donde se pensaba que si todo se organizaba debidamente, todo el mundo podría disfrutar de una opulencia generalizada, de muchos productos y servicios capaces de satisfacer las necesidades de todo el mundo.

Pero este cambio de época, de camino a la modernidad, conllevó el cambio de muchas relaciones y pensamientos. Una de las relaciones modificada fue la de los seres humanos con la naturaleza. Se empezó a abusar masivamente de los recursos naturales sin tener en cuenta el posible agotamiento y generación de residuos de los mismos.

Otro de los vínculos alterados fue el que hay entre las personas; se empezó a dar más importancia al interés individual que al colectivo, con las repercusiones negativas que tiene el mismo. En definitiva, se pensaba que la felicidad se obtendría gracias a la mayor producción de bienes y servicios (Unceta, 2009: 4-5).

Ya en el siglo XX, de la mano de Arthur Pigou (1877-1959), economista inglés, las condiciones de progreso se vinculaban con el bienestar social. Pigou diferenciaba el bienestar económico del social, pero paulatinamente, este bienestar económico se convirtió en la idea de progreso. De esta manera, se fue consolidando poco a poco y durante los siguientes años, la tendencia de buscar el crecimiento económico ilimitado para conseguir ser felices y tener una mejor calidad de vida (Pigou, 1920; Unceta, 2009: 7).

Pero a pesar de que esta tendencia ha durado muchísimos años, el debate sobre las relaciones entre crecimiento y desarrollo se han acrecentado en los últimos años debido al modelo económico que tenemos actualmente implantado, que vincula la calidad de vida con una producción masiva e incesante que pone en peligro la supervivencia de nuestros sucesores.

Este modelo económico ilimitado al que estamos acostumbrados, es inviable desde el punto de vista medioambiental. La economía actual está basada en un uso masivo de los recursos naturales escasos y en numerosas ocasiones, no renovables. Ello nos llevará a un agotamiento de los mismos, y dejaremos a nuestras futuras generaciones sin ninguna fuente de vida. De la misma forma, la contaminación del agua, la generación de residuos y contaminación aérea, etc. es cada vez mayor, provocando innumerables enfermedades entre los seres humanos. Teniendo en cuenta, que la biosfera necesita un año y cinco meses aproximadamente para reponer lo que la humanidad ha consumido durante un año, no sabemos si podremos llegar nunca a una situación óptima y saludable si no empezamos a actuar de forma debidamente correcta desde el presente día (Global Footprint Network, 2016).

Todo esto, resulta paradójico, ya que hoy en día disponemos de mayor tecnología y conocimiento científico como para conocer nuestras limitaciones y riesgos, y actuar en consonancia.

Actualmente, nos encontramos en una situación incierta, con numerosas tensiones sociales, desigualdades, incertidumbre, etc. Muchas personas han tenido que dejar atrás sus países de origen y emigrar a otros debido a que los países más industrializados han devastado su territorio, "robándoles" el agua, sus bosques, destruyendo sus hogares y su entorno natural (Unceta, 2016).

Toda esta tragedia de pobreza, desigualdad y cambio climático, ha originado la necesidad vital de modificar los objetivos planteados en la Agencia Internacional de Desarrollo en la que participan las Naciones Unidas.

El 27 de septiembre del 2015, la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobó los nuevos Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), también denominados Objetivos Mundiales, que formarán parte del programa de acción sobre desarrollo y cooperación, llamado Agenda 2030. Estos objetivos, reemplazarán a los Objetivos del Desarrollo del Milenio (ODM), aprobados en septiembre del año 2000 (Asamblea General de las Naciones Unidas, 2015; Unceta, 2016).

Los nuevos Objetivos de Desarrollo Sostenible, representan una visión más amplia de los problemas mundiales y abarcan tanto a los países pobres como ricos. Sin embargo, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, tienen unos objetivos muy centrados en la pobreza extrema, en los países más vulnerables, no consideran las estructuras sociales, las desigualdades ni el daño causado a la madre naturaleza (Unceta, 2016).

El planteamiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio tuvo numerosas oposiciones. Primeramente, como ya hemos comentado anteriormente, sus objetivos eran muy limitados y centrados en los países de pobreza extrema; no tenían unos objetivos generales para incitar a todos los gobiernos a adherirse a los mismos (Unceta, 2016).

En segundo lugar, analizaron el progreso contra la pobreza de una forma incompleta, sin tener en cuenta que se trata de un problema mundial y sin tener en consideración que el aislamiento de muchos sectores pobres, son debido a situaciones de desigualdad (Unceta, 2016).

Otra de las controversias es que fijaban los mismos objetivos para abordar problemas de desarrollo de diversa índole, con características, situaciones y naturaleza bien distintas (Unceta, 2016).

Para terminar con sus críticas, establecían metas que las debían cumplir únicamente los países más pobres, sin considerar los cambios que precisaban los países más desarrollados y las transformaciones estructurales a nivel global, que resultan imprescindibles para vencer la pobreza (Unceta, 2016).

Así, los Objetivos de Desarrollo del Milenio no han concluido con sus propósitos, pero sí que se han conseguido pequeños resultados positivos. Realizando un análisis únicamente cuantitativo, podemos decir que han cumplido dos metas de las veinte establecidas para el cumplimiento de ocho objetivos. Concretamente, se ha conseguido reducir en más de la mitad el porcentaje de personas que vive con menos de 1,25 dólares diarios, cantidad considerada como una situación de pobreza máxima. A pesar de ello, aproximadamente 2500 millones de habitantes, siguen sobreviviendo con menos de dos dólares al día (Unceta, 2016).

Simultáneamente, se ha logrado disminuir en más de la mitad el porcentaje de personas sin acceso a agua potable, aunque conviene anotar que el aprovisionamiento de agua a través de tuberías no está ligado necesariamente a la calidad de la misma. También se ha llegado a una proporción más estable entre la matriculación de niñas y niños en enseñanza primaria en todo el mundo. Estas noticias positivas suponen una parte diminuta de las metas que se pretendieron alcanzar. Además, si analizamos más detalladamente en qué lugar se han dado estos pequeños progresos, observamos que se tratan únicamente, de países más pobres o en vías de desarrollo; por lo que, se desliga del compromiso con la comunidad internacional. Por ejemplo, China ha sido donde mayor descenso se ha dado en cuanto al porcentaje de personas que viven con menos de 1,25 dólares; específicamente, un 94% desde el año 1990 hasta el año 2015. India también ha tenido un importante descenso. De la misma forma, estos dos países han logrado ciertos avances en cuanto al acceso al agua potable y saneamiento (Unceta, 2016).

A pesar de estas pequeñas mejorías, estos cambios no están para nada relacionados con una mayor cooperación internacional. Estas modificaciones están más relacionadas con unas tasas de crecimiento económico muy fuertes, basadas en un modelo de crecimiento que ha ocasionado mayores desigualdades, desequilibrios e insostenibilidad (Unceta, 2016).

Estos problemas medioambientales y de desigualdad social, no sólo incumben a los países más pobres o en vías de desarrollo, sino que afectan a todas las naciones del mundo. A estos contratiempos, se les suman el incumplimiento de los derechos humanos, la discriminación de género, la discriminación racial, la violación contra las mujeres, el aumento de la brecha entre el crecimiento de la población y creación de empleo, etc. El resultado de estos problemas globales es el deterioro del desarrollo mundial y el incremento de los riesgos mundiales, que los pequeños avances logrados

en ciertas metas establecidas por los Objetivos de Desarrollo del Milenio no han conseguido paliar (Unceta, 2016).

Por lo tanto, después de haber analizado y observado las inconvenientes y consecuencias de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, se han creado los nuevos Objetivos de Desarrollo Sostenible y la Agenda 2030, que exponen el problema del desarrollo de una forma global, que afecta tanto a países ricos como a pobres, tal y como hemos mencionado anteriormente. Se trata de una agenda universal que reconoce todos estos problemas como mundiales y comunes, aunque los retos disten de un país a otro. Así, involucra a distintos sectores, organizaciones, etc. y exigen mucha responsabilidad y compromiso tanto a nivel local como regional, estatal y global (Unceta, 2016).

La aprobación de nuevos objetivos y de la Agenda 2030, no garantiza el éxito. No significa que se vaya a cambiar el modelo de desarrollo que tenemos implantado. Las 169 metas adheridas a 17 objetivos establecidos en los Objetivos de Desarrollo Sostenible, se tratan de la expresión de buenas intenciones que, se espera, permitirán la cooperación internacional y el cambio del modelo de desarrollo que tenemos actualmente, en los años venideros. Según un estudio del Overseas Development Institute del Reino Unido, para el año 2030, se habrán alcanzado tres objetivos, siendo necesarias varias reformas en el sistema; otros nueve objetivos precisarán de grandes transformaciones y los cinco que quedan, serán inalcanzables, pues deberíamos encaminarnos en la dirección contraria a la que seguimos hoy en día (Unceta, 2016). Está bastante claro que para alcanzar estos objetivos planteados, es imprescindible una remodelación del actual sistema que origina cada vez más desigualdad, más degradación al entorno natural y pone en peligro la vida y el futuro de nuestros descendientes (Unceta, 2016).

Como vemos, la preocupación ya no sólo deriva del corto plazo como por ejemplo, los problemas de salud debido a la contaminación, sino que estamos deteriorando nuestro entorno natural, provocando un cambio climático, efectos nocivos en nuestro medioambiente y en la biodiversidad, ocasionando una escasez de recursos naturales, etc., todo ello, poniendo en peligro la supervivencia y continuidad de la raza humana de nuestros futuros descendientes.

Sin embargo, parece que estos hechos no son demasiado relevantes para los mandatarios del mundo, pues hacen caso omiso. Esto lleva ocurriendo desde la publicación del Informe de Brundtland en 1987, coordinado por la ex-primera ministra de Noruega y ex-directora de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Gro Harlem Brundtland, quién demostró que el camino que estaba tomando el mundo para crecer estaba devastando la naturaleza y convirtiendo más vulnerables y pobres a sus ciudadanos. Su intención con su documento era hallar medidas prácticas para acabar con todos estos problemas y hacer ver que se trataba de un problema global, mundial (Unceta, 2009, 2016).

Como hemos mencionado anteriormente, el crecimiento económico ha sido considerado como única vía para conseguir la felicidad y calidad de vida, fundamentalmente, gracias a los cuatro motivos que hemos expuesto. Pero hoy en día disponemos de numerosos conocimientos y equipos tecnológicos que nos permitirían vivir mejor a todo el mundo sin poner en riesgo a los futuros habitantes de la Tierra.

Hay evidencias de que crecer más no va acompañado de un mejor bienestar (Unceta, 2016). Un caso ilustrativo y muy empleado en los textos de economía es el de Costa Rica, que teniendo un PIB per cápita inferior a muchos otros países, de aproximadamente 10415,4 dólares en el año 2014, según datos del Banco Mundial, sus habitantes tienen mayor calidad de vida, con un elevado nivel educativo y esperanza de vida que otros países considerados del primer mundo (Unceta, 2016).

Además, muchos políticos y gente de poder, prefieren obviar el tema de la contaminación e ineficiencias sociales causadas por el modelo actual de crecimiento económico ilimitado. Se continúa defendiendo la actual fórmula de crecimiento y se sigue negando la predisposición de disminuir la emisión de residuos y uso y explotación masiva de recursos naturales porque se piensa que éstos son los factores que contribuyen a nuestro bienestar, entendido éste como una opulencia de productos y servicios, y nivel de vida actual. Es muy difícil pensar que con este modelo económico que tenemos establecido se puedan solucionar los problemas y las ineficiencias sociales y medioambientales que padecemos. Muchos autores y economistas ven la solución en la redistribución.

Los políticos y jefes de los estados, intentando dar una imagen de preocupación y consciencia por mejorar la calidad del medioambiente y condiciones humanas, pretenden implantar medidas para hacer frente al cambio climático y explotación inadecuada de los recursos naturales cuando a la vez ejercen actividades que llevan a la deforestación, contaminación del agua y aire, y políticas económicas que acarrearán más pobreza y desigualdad. Todo esto es muy anecdótico y paradójico.

Resumiendo, hemos visto que un crecimiento económico ilimitado que no tenga en cuenta el uso de los escasos recursos naturales, renovables o no, genera ineficiencias tanto medioambientales como sociales. Un crecimiento ilimitado a largo plazo supone una verdadera amenaza para los futuros habitantes de nuestro planeta Tierra. Por ello, lo ideal sería comenzar a tomar medidas realmente contundentes y estrictas, castigando de alguna manera a aquellos colectivos que las incumplan. Para ello, habría que empezar por cambiar las mentes humanas y convencerlas de que, tener más y más cosas materiales no proporciona felicidad y nos convierten en esclavos del dinero, pues a través de él conseguimos los bienes que pensamos nos hacen más boyantes y alegres.

3. REVISIÓN DE TRABAJOS

En esta segunda sección, y gracias a la sugerencia del profesor Koldo Unceta, vamos a exponer dos trabajos sobre la controversia del crecimiento económico y desarrollo. Ésto se debe a que el asunto que hemos elegido para hacer el trabajo es muy amplio y de diverso calado. Por ello, vamos a acotarlo exponiendo los puntos de vista de dos autores. Representaremos las informaciones de los diversos capítulos que nos parezcan más importantes para la realización de nuestro trabajo.

Primeramente, comenzaremos presentando el texto de Tim Jackson, titulado *Prosperidad Sin Crecimiento* y a continuación, haremos lo mismo con la obra realizada por Clive Hamilton denominado *El Fetichismo del Crecimiento*. Por lo tanto, todo lo expuesto en este punto, son contribuciones aportadas por estos dos escritores. Por

ende, citaremos las referencias oportunas cuando estemos mencionando ciertos estudios que aparecen en los libros, palabras escritas por otros autores, cuando estemos citando literalmente ciertas frases o párrafos y cuando creamos que es conveniente realizar dicha cita.

Ambos defienden que el crecimiento económico actual es insostenible y abogan por una transformación en la mentalidad de todos los ciudadanos de a pie y políticos en cuanto al significado convencionalmente atribuido al desarrollo y bienestar social. Los dos son críticos en cuanto al capitalismo y pautas de consumo exacerbado actuales. Igualmente, opinan que el PIB no es el indicador ideal para medir el crecimiento económico, y por ende, el bienestar social.

3.1. PROSPERIDAD SIN CRECIMIENTO

Tal y como recalca Tim Jackson, con su libro pretende reflexionar sobre lo que para los humanos significa prosperar en un mundo con limitaciones ecológicas. A lo largo de todo el libro, se realiza una y otra vez la misma cuestión; se pregunta si el tener más bienes materiales nos hace sentir mejor o no, y si éste incesante aumento de la producción va a poder mantenerse durante el resto de años. Se trata de la culminación de una investigación realizada por la Comisión para el Desarrollo Sostenible (CDS) del Reino Unido acerca de la relación entre sostenibilidad y crecimiento, comenzado en el año 2003. Presenta una postura coherente sobre cuestiones de sostenibilidad y crecimiento económico, y aporta recomendaciones para los diseñadores de teoría y políticas que quieren lograr una economía sostenible.

El libro *Prosperidad sin crecimiento* está organizado en doce capítulos y puede diferenciarse en dos bloques. El primero, trata sobre los problemas asociados al crecimiento económico.

La segunda parte, versa sobre las distintas alternativas al incesante crecimiento económico.

En cuanto a la primera parte, la correspondiente al análisis de los problemas asociados al crecimiento económico, comienza abarcando el dilema del crecimiento económico analizando tres propuestas en defensa del mismo. Declara que la prosperidad no se refiere sólo a los ingresos y se plantea que un incremento de la prosperidad no es semejante a un crecimiento económico, pero éste tampoco asegura que sea posible prosperar sin crecimiento. Tal vez, el crecimiento continuado sea necesario para lograr una prosperidad duradera.

La primera propuesta, defiende la opulencia como condición vital para el crecimiento, pero sin tener una relación lineal. Está claro que nuestra capacidad de florecer disminuye si no disponemos de alimentos o de una vivienda, pero en las sociedades avanzadas, tenemos más bienes materiales de los que realmente necesitamos. A pesar de ello, no estamos satisfechos totalmente. Ésto ocurre porque atribuimos significados sociales y psicológicos a los bienes materiales. Tener cierta cantidad de dinero o ciertos bienes nos proporciona un estatus social, autoridad y poder, y muchas veces, adquirimos ciertos productos por esos motivos. Ésto es más relevante en sociedades con grandes desigualdades.

El economista, muestra un estudio del DEFRA (Departamento de Medio Ambiente, Alimentación y Asuntos Rurales) sobre la distribución del bienestar en Reino Unido, donde se puede observar que las clases sociales más altas tienen mayor nivel de satisfacción que el resto. No obstante, asegura que cuando hay un aumento de ingresos, la población como un todo, se vuelve más rica, algunas personas estarán mejor que otras y estas posiciones pueden variar, pero la competencia posicional no contribuye al bienestar social colectivo. Declara que la igualdad beneficia a los más pobres y que la desigualdad tiene consecuencias nocivas sobre la totalidad de la nación (Jackson, 2011: 79).

La siguiente defensa del crecimiento, se trata de la relación del crecimiento económico con algunos derechos básicos como son la salud y educación. La posibilidad de que estos derechos dependan del nivel de ingresos, hace dudar que podamos florecer sin crecimiento. En esta defensa, emplea ciertos datos de distintos países obtenidos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). A través de los datos que proporciona, se puede observar que hay relaciones muy diferentes entre ingresos y salud e ingresos y educación. Por ello, es muy difícil llegar a una conclusión única sobre la relación entre los derechos básicos y el crecimiento económico. Seguidamente, proporcionaré ciertos ejemplos ilustrativos que aparecen en el libro. Por ejemplo, Chile con un ingreso medio anual de 12000 dólares, tiene una esperanza de vida de 78,3 años, mayor que la de Dinamarca con un ingreso medio anual de 34000 dólares. Sudáfrica, con un PIB per cápita igual que Chile, tiene una esperanza de vida treinta años menor que el país Latinoamericano. La mortalidad infantil en Cuba es tan baja como la de Estados Unidos, teniendo éste último un ingreso medio anual mucho mayor. A la vez, países con igual ingreso por habitante que en Cuba, 6000 dólares, tienen tasas de mortalidad increíblemente elevadas. Lo mismo ocurre con el ámbito de la educación donde países con un ingreso medio inferior a 8000 dólares como Kazajstán tienen una mayor participación escolar que en Japón, Estados Unidos o Suiza. Como vemos, el crecimiento no garantiza un aumento de la prosperidad, y a lo largo de la historia, han sucedido y seguirán ocurriendo diversos patrones (Jackson, 2011: 83).

La tercera propuesta, consiste en que el crecimiento juega un papel muy importante en la estabilidad económica y social, pues hay muestras de que las economías inestables acarrearán pérdidas humanitarias. Pero aquí también se pueden ver distintos casos. Por ejemplo, países como Cuba, Argentina y Japón, han sabido superar ciertas turbulencias económicas y además, incrementando la salud de sus ciudadanos. Por lo tanto, se puede decir que las pérdidas humanitarias provocadas por las ineficiencias económicas tienen más que ver con las estructuras sociales que con la inestabilidad económica.

La respuesta convencional a la interrogación de si es necesario el crecimiento para lograr la estabilidad, es afirmativa. Se supone, que gracias a la tecnología, se puede producir más sin utilizar mayor cantidad de materias primas, reduciendo costes que favorecen el crecimiento. Pero ello, también implica reducción de personal. Por lo tanto, puede contribuir a cuidar más la naturaleza, pero también lleva a que la tasa de paro se incremente. Para que esto último no sucediese, la economía debería crecer tan rápido como para poder compensar el incremento de la productividad laboral. Si el paro aumenta, también lo hacen los costes sociales y la recaudación de impuestos se

desacelera impactando directamente en la prosperidad. En estos casos, los gobiernos piden préstamos y la deuda nacional se incrementa, en muchos casos llegando a tener problemas para saldarla. Para que la economía se recupere, precisa de la recuperación de la demanda para poder ir pagando la deuda. Según Tim, cuando una economía empieza a decaer, los mecanismos de feedback que en su momento contribuyeron a la expansión, empiezan a reaccionar en sentido contrario, llevando la economía a la recesión. Además, si la población va en aumento, los problemas se magnifican, ya que, se requieren niveles más altos de crecimiento para mantener el nivel de ingreso medio y tener dinero suficiente para pagar los costes sanitarios y sociales. Ésto es debido a que las fluctuaciones a corto plazo en la tasa de crecimiento son un rasgo previsto en las economías basadas en el crecimiento y hay ciertos mecanismos de feedback que vuelven a equilibrar la economía. Así, según va aumentando el desempleo, los salarios caen y el trabajo se vuelve más barato. Aprovechando esta circunstancia, los empresarios contratan a más gente y la producción aumenta; pero el aumento de la productividad laboral sin un incremento de la producción no cumpliría lo previamente dicho.

El autor Tim Jackson, concluye que, el crecimiento es necesario para mantener la estabilidad en países con una economía basada en el crecimiento, pues para el modelo capitalista es complicado lograr un estado estacionario. La característica natural del modelo capitalista es el impulso hacia la expansión o el colapso.

También aporta dos definiciones a la expresión, “El dilema del crecimiento”. Por un lado, afirma que el crecimiento es insostenible en su forma actual, caracterizado por un uso masivo de recursos y enormes costes sociales que dañan el bienestar social. Por otro lado, sostiene que el decrecimiento, la reducción de la producción económica, es inestable bajo las condiciones actuales y que el descenso de la demanda de consumo conduce a un incremento del desempleo, disminución de la competitividad y a la recesión (Jackson, 2011: 91).

Después del análisis del crecimiento, procede a redefinir el concepto de prosperidad. Este término se ha visto muy frecuentemente como sinónimo de expansión económica, pero esta idea está perdiendo importancia.

Tim nos proporciona una visión distinta del concepto prosperidad. Su visión de la prosperidad es, literalmente, “una en la que los seres humanos les sea posible florecer y desarrollarse, alcanzar una mayor cohesión social, lograr mayores niveles de bienestar y, aún así, reducir su impacto material sobre el medio ambiente” (Jackson, 2011: 61).

Afirma que se proponen distintas visiones de la prosperidad que tienen que ver con la psicología, sociología e historia económica. Está claro que la prosperidad también tiene su parte material, pues si carecemos de alimentos, agua y un techo, no vamos a ser para nada felices, pero para que las personas nos realicemos, es necesario poseer otras dimensiones sociológicas y psicológicas como realizar trabajos útiles, dar y recibir amor, sentirse respetados dentro de una comunidad, etc.

Es evidente que hay un vínculo entre los componentes de la prosperidad y los hechos que influyen en la felicidad (somos felices cuando todo nos va bien y no lo somos cuando no sucede lo contrario), pero ello no quiere decir que sea lo mismo.

Jackson, empleando conceptos utilizados por Amartya Sen en su ensayo *El estándar de vida* publicado en el año 1984, nos caracteriza la prosperidad como opulencia, como utilidad y como capacidad para desarrollarse, florecer (Jackson, 2011: 64; Sen, 1984).

La opulencia, es decir, una oferta infinita de bienes materiales, se ha relacionado convencionalmente con mayor prosperidad y felicidad. Esta afirmación no es totalmente verídica, pues tal y como reconoce la teoría económica, existe la “utilidad marginal decreciente”, o sea, que tener más cantidad de un bien que la que realmente precisamos, no significa que incremente la satisfacción, sino que puede suceder todo lo contrario, que nos cansemos del mismo (Jackson, 2011: 64).

En cuanto a la prosperidad como utilidad, Jackson, vincula la misma con la satisfacción que los bienes materiales proporcionan. Asegura que cantidad no es sinónimo de calidad y que opulencia tampoco es el análogo de satisfacción. Tradicionalmente, el concepto de utilidad se asocia al valor monetario que la gente está dispuesta a pagar por el bien material. El PIB es el que suma todos estos gastos, representa la utilidad y se utiliza como indicador para medir el bienestar social. Pero hay muchos autores que cuestionan esta afirmación, pues el PIB no recoge el trabajo doméstico, el empleo voluntario o la contaminación.

El PIB incluye los gastos defensivos que son los que se tienen como resultado para “defenderse” de otras actividades económicas; se trata por ejemplo, de los costes de accidente de coche, de la limpieza de los derrames de petróleo en la carretera, etc. y estos gastos, no contribuyen para nada a la mejor calidad de vida humana. Además, está comprobado que el PIB no mide el bienestar de las personas, pues poniendo un caso, en Estados Unidos el ingreso real per cápita se ha triplicado desde el año 1950 y sin embargo, el porcentaje de personas que dicen ser felices casi no ha aumentado.

Jackson nos aporta que a partir de un ingreso de 15000 dólares per cápita, la satisfacción empieza a no verse afectada ni por importantes aumentos del PIB (Jackson, 2011: 67). Es importante señalar que, ésto no ocurre de igual manera en países más desfavorecidos. Aquí, donde tienen unos ingresos sumamente bajos, un pequeño aumento del PIB genera un incremento razonable en la satisfacción de los ciudadanos. Por lo tanto, no hay razones globales para abandonar el crecimiento, pero sí que las hay en el caso de las naciones ricas, para poder permitir el crecimiento en los países más pobres. Por ello, defiende que “No hay razones para abandonar universalmente el crecimiento. Pero sí que las hay en el caso de las naciones desarrolladas, para así permitir el crecimiento de los países más pobres” (Jackson, 2011: 67). Para corroborar lo aquí afirmado, proporciona una gráfica donde en el eje de ordenadas está la variable porcentaje medio de personas felices y satisfechas con su vida y el eje de abscisas está representado por el PIB per cápita. En la gráfica, se puede observar que la tendencia general en las naciones más pobres es ascendente, o sea, que el porcentaje medio de personas más felices y satisfechas aumenta cuando se incrementa el PIB per cápita (Jackson, 2011: 67-68).

Continuando, Tim equipara la prosperidad con las capacidades de florecimiento, es decir, con la salud, esperanza de vida y participación social. Hace mucho hincapié en la libertad de la que disponen los seres humanos para escoger si participa en la sociedad o no, si decide emprender un trabajo remunerado, etc. Pero esta libertad

también tiene sus límites, pues ciertas libertades son imposibles en un mundo limitado. Algunos ejemplos que proporciona el autor son: alcanzar el reconocimiento social adquiriendo algo que lo ha elaborado un niño, no es para nada ético, como tampoco lo es trabajar en una empresa que aniquila la biodiversidad.

Por lo tanto, florecer tiene dos límites destacados. El primero de ellos, tiene que ver con la naturaleza, pues no disponemos de recursos infinitos.

El segundo, es la magnitud de la población humana, cuanto mayor sea la misma, más contribuiremos al desgaste natural.

Siendo así las circunstancias, el florecimiento debe supeditarse a los recursos disponibles, a los derechos de aquellos que conviven con nosotros y a las libertades de futuras generaciones y otras especies.

La clave está en hallar ciertas condiciones para lograr esas metas. La posibilidad de lograr una mayor cohesión social, salud física y mental, mayor educación y democracia, confianza, seguridad, sentimiento de comunidad, trabajos gratificantes, mayores niveles de bienestar reduciendo el impacto material sobre el medioambiente, no es fácil de conseguir pero es necesario para alcanzar una prosperidad duradera.

Una vez estudiados los conceptos de crecimiento y prosperidad, el escritor Jackson establece un análisis entre la producción y el consumo de recursos. Así, focaliza su atención en exponer la tendencia en el consumo de recursos finitos y en la emisión de gases que generamos, analizando la desvinculación relativa y absoluta.

Comenzando con la desvinculación relativa, se trata de descender la intensidad ecológica por cada unidad de producción económica; se trata de hacer más con menos, de ser más eficientes. Actualmente, la cantidad de energía y materiales necesarios para producir cada unidad de producto en la economía mundial es menor que en 1970, y ésto es más evidente en los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), en países con economías avanzadas. Sin embargo, en los países más pobres como por ejemplo los de Oriente Medio, han aumentado su intensidad de carbono. La tendencia mundial del uso de carbono ha aumentado en los últimos años, por lo que en realidad, los progresos habidos durante la historia son muy pequeños. Lo ideal sería que las eficiencias de los recursos se incrementasen al mismo ritmo que lo hace la producción económica.

En cuanto a la desvinculación absoluta, se trata de la situación en la que el impacto sobre los recursos desciende de forma absoluta, global. Así, las emisiones de dióxido de carbono procedentes de los combustibles fósiles se han incrementado un 80 por ciento desde 1970, un 40 por ciento más que en 1990, cuando se acordó el Protocolo de Kioto y están aumentando más de un tres por ciento anual desde el año 2000 (Jackson, 2011: 98).

Para estar dentro de los límites ecológicos, propone establecer modelos económicos y estadísticas más sofisticadas y distintas, cambio tecnológico masivo, esfuerzo político, cambios en la demanda de consumo, campañas internacionales para disminuir la intensidad de los recursos empleados en todo el mundo, etc. También opina que tal vez, la desvinculación no sea una solución real al dilema del crecimiento.

Jackson menciona la necesidad de una aceleración de la desvinculación relativa suficientemente rápida como para conseguir la desvinculación absoluta. Esta última se

hallará cuando la tasa de desvinculación relativa sea mayor que las tasas de crecimiento de la población e ingresos combinadas.

Recuerda que un cambio tecnológico es imprescindible con o sin crecimiento; hay que reducir el uso de energías fósiles, las emisiones de carbono, hay que reemplazar las materias primas, cambiar las infraestructuras, y proteger el ecosistema. Evidentemente, son las naciones más avanzadas las que realizan mayores esfuerzos por conseguir estas metas, pero tienen que persuadir también a las economías en desarrollo. Para lograr estas propuestas, hace hincapié en la necesidad de cambiar o adecuar las estructuras de las economías de mercado.

A continuación, Tim Jackson reflexiona sobre el papel que juegan el consumo y el mercado como factores que impulsan el crecimiento ilimitado, e igualmente, reflexiona sobre la idoneidad del PIB como medidor del bienestar social y se plantea dudas sobre si la opulencia lleva consigo la felicidad y si ésta puede seguir atendiendo a los límites ecológicos que tiene la Tierra.

Así, presenta el estudio realizado por los Meadows que analizaron el crecimiento exponencial del uso de los recursos, de la población y de la actividad económica desde la revolución industrial y se preguntaron qué posibilidad había para que continuasen del modo en que lo proyectaba la economía convencional. Pensaban en que en algún momento habría una escasez de recursos y que ello disminuiría las posibilidades de desarrollo. Así, acertaron al estimar que en el siglo XXI habría una escasez de recursos (Jackson, 2011: 30-31).

Según el escritor Jackson, para seguir con el ritmo de crecimiento, necesitaríamos que la economía fuese quince veces mayor que la de ahora en el año 2050. Ésto es inviable e insostenible. Jackson argumenta que los gobiernos sólo se han fijado objetivos materiales y basados en un uso ilimitado de los recursos y cree que los mismos, precisan una reforma urgente.

Para el autor, la prosperidad trasciende lo material y se encuentra en nuestras relaciones sociales, en la pertenencia a una comunidad, en tener una buena salud y en la capacidad de desarrollarnos como personas. Opina que ésta es la mayor preocupación existente.

Para terminar con el primer bloque, el autor aborda el tema de la crisis financiera comenzada en el año 2008. Esta crisis, hizo perder la confianza en el consumidor y con las circunstancias que se estaban padeciendo, plantearse la discusión sobre el daño causado a la naturaleza no parecía apropiado, pues no interesa demasiado a los políticos cuando se está viviendo una etapa así. El escritor, se dedica a analizar conjuntamente la sostenibilidad financiera y la ecológica.

Se puede resumir diciendo que la crisis económica actual, que comenzó más o menos en el años 2008, no fue debido a unas malas prácticas únicamente en el sector bancario, sino que la irresponsabilidad ha sido sistemática, consentida por los gerentes y con la finalidad única de la continuidad y protección del crecimiento económico. Este crecimiento económico se ha ido consiguiendo poniendo en peligro los recursos naturales y haciendo un uso masivo del petróleo.

Como dato curioso, añade que la tasa natural de declive de los yacimientos de petróleo es de un nueve por ciento anual. Esta escasez de recursos naturales, ha

llevado a la elevación incesante del precio de las materias primas (Financial Times, 2008; Jackson, 2011: 58).

La crisis económica ha demostrado que un crecimiento basado en el abuso de los recursos naturales es insostenible incluso en el corto plazo. “La prosperidad para hoy no significa nada si socava las condiciones sobre las que depende la prosperidad del futuro”, palabras textuales de Tim Jackson (Jackson, 2011: 59).

El segundo bloque del libro está dedicado a las distintas alternativas para el crecimiento económico ilimitado.

La economía verde es una posible opción que expondremos a continuación. Una de las características de la crisis financiera mundial del 2008 era el consenso para revigorizar el crecimiento económico que acordaron el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y numerosos políticos de diversos partidos, para aumentar el PIB y restablecer la confianza de los consumidores. Se quería lograr la recuperación económica, pero con una transición a una economía baja en dióxido de carbono, proporcionar seguridad laboral, seguridad energética, innovación tecnológica a medio plazo y garantizando un futuro sostenible a largo plazo, pero todo ello precisaba de una inversión verde.

Una propuesta interesante fue el New Deal Verde en el año 2008, que se centraba en el cambio climático y la seguridad energética. Así, el grupo presentó un sistema energético bajo en emisiones de carbono que convertiría “a cada edificio en una central eléctrica”, según palabras textuales (Jackson, 2011: 141; New Deal Verde, 2008).

En cuanto al empleo, era muy importante saber cómo protegerlo para impulsar el crecimiento verde. El New Deal Verde se centraba en el empleo público, que genera rentabilidad por dos vías: la primera, los beneficios por invertir en infraestructuras productivas, por ejemplo, la construcción de carreteras; y la segunda, por el salario social que origina el trabajo público, en forma de mejor educación, sanidad y servicios sociales. Pero en esta segunda vía, hay que tener en cuenta también que, una inversión en carreteras puede proteger el empleo público, pero a la vez genera altas emisiones de carbono que no conducen a un crecimiento verde.

Además, todas estas inversiones tienen que financiarse de alguna manera, por ejemplo, a través del ahorro en combustibles y recursos, menores gastos sanitarios, de congestión de niveles de contaminación, etc.

No obstante, presenta los bonos verdes como la mejor alternativa y están directamente vinculados a inversiones no intensivas en carbono. Estos bonos, equivalen a un medio de financiación cuando la propensión al ahorro es alta y los mercados convencionales de bonos estén saturados.

En el tránsito a una economía verde, la inversión es imprescindible. Con las decisiones que se han tomado hasta ahora, se pretendía que el crédito fluyera, aumentase el gasto, que las empresas invirtiesen e innovasen y en resumen, volver al modo de negocio anterior. Pero New Deal Verde propone un cambio de mentalidad, una misión complicada de lograr que precisa mucho tiempo y esfuerzo.

Otra alternativa propuesta es la macroeconomía ecológica. Tim Jackson, se centra aquí, en la lógica social, analizando la estructura económica e intentado lograr un tipo

de macroeconomía distinta, donde la estabilidad económica no dependa de un persistente crecimiento económico, donde no se desborden los límites ecológicos y donde la autorrealización y florecimiento sean los que conducen al éxito.

La principal variable macroeconómica para medir el crecimiento es el PIB, pero su utilidad ha recibido muchas críticas.

Hay cosas que suceden fuera del mercado, pero que tienen un impacto en la actividad económica como el trabajo doméstico o voluntario que no se tienen en cuenta.

También hay cosas negativas como son los daños ecológicos, costes sanitarios, agotamiento de los recursos, etc. que tampoco los incluye el PIB.

Sin embargo, se computan los gastos defensivos como la congestión del tráfico, derrame de gasolina y limpieza de la carretera después de un accidente. Se introducen como si fuesen algo positivo para el bienestar económico no siendo así. Tampoco tiene en cuenta la depreciación del capital natural, o sea, de los recursos naturales finitos y los servicios de los ecosistemas.

Para conseguir una economía sostenible, lo ideal sería desmaterializar los sectores y dar más importancia a trabajos donde la mano de obra sea importante, pues este tipo de trabajo puede ayudar a aumentar el empleo y la autorrealización de las personas. Este tipo de trabajos pueden ser, vender movilidad en lugar de coches (transporte público o arrendamientos de vehículos), vender servicios energéticos (iluminación, comunicación, confort térmico) en lugar de suministros energéticos (carbón, gas o electricidad), peluquerías, jardinería, lecciones de yoga, siempre y cuando no se realicen dentro de edificios y no se precise del coche para acudir hasta ellas, etc. Pero hay dudas sobre si se obtendría una suficiente cantidad de dinero como para mantener el crecimiento actual. La productividad de las mismas también es pequeña en comparación a actividades intensas en recursos energéticos, pero ello no significa que la productividad sea mala. Siempre se pretende minimizar el uso de la mano de obra, pero hay que tener en cuenta que el trabajo contribuye a nuestro bienestar, pues de esa manera, participamos en la sociedad.

Resumiendo, la creencia generalizada de que este tipo de trabajos disminuye la productividad laboral es debido a que, es la mano de obra la que aporta valor. El escritor dice que, “el énfasis en la productividad laboral en actividades cuya integridad depende de las interacciones humanas, sistemáticamente perjudica la calidad de lo producido” (Jackson, 2011: 168).

Gracias a este tipo de economía denominada “Cenicienta” (Jackson, 2011: 166), se podrían proporcionar empleos, favorecer las capacidades de florecer de las personas y fortalecer la comunidad utilizando menos recursos materiales.

Otro aspecto que destaca Jackson, es la inversión. Para alcanzar una macroeconomía ecológica, es necesario que la inversión se centre en la productividad de los recursos, energías renovables, tecnologías limpias, negocios verdes, adaptación al clima y fomento de los ecosistemas. Pero sigue existiendo la duda de si esta inversión puede mantener el potencial de crecimiento.

El escritor afirma que hay que reflexionar sobre la creencia generalizada de que sólo es el crecimiento el que permite la estabilidad económica y que se deben analizar las condiciones para lograr una economía sostenible.

Como tercera posible alternativa, menciona el término de florecimiento. Según el autor, prosperidad no es sinónimo de riqueza material, sino de nuestra capacidad para participar en la vida social.

La forma de vida actual nos induce al consumismo exacerbado. Según el psicólogo Tim Kasser, los valores materiales como la popularidad, imagen y éxito financiero que pueden representar los objetos que adquirimos, se oponen a los valores intrínsecos como la auto-aceptación, pertenencia a la comunidad, etc. Hay evidencias de que las personas más felices son aquellas que poseen valores intrínsecos (Jackson, 2011: 185; Kasser, 2002, 2007).

Cada vez hay más gente que se está sumando a una filosofía de vida llamada la "simplicidad voluntaria", que se basa en las enseñanzas del líder cultural indio Mahatma Gandhi que animaba a la gente a "vivir simplemente, para que otros puedan simplemente vivir" (Gregg, 1936; Jackson, 2011: 186).

Igualmente, también se han creado "comunidades intencionales" con el objetivo de vivir de una forma más simple, menos consumista y sostenible. Un ejemplo relativamente reciente, es el Downshifting Downunder creado en Sídney en el año 2005, cuyo objetivo es que las personas integrantes reduzcan su consumo material (Jackson, 2011: 186-187).

Tim Jackson reitera que un cambio de mentalidad es totalmente necesario y se tiene que empezar a aplicar desde los mandatarios. Sin embargo, muchas veces los políticos emiten mensajes inconsistentes e hipócritas. Parecen mostrarse preocupados por reducir la emisión de gases tóxicos, de necesarias reformas para evitar el cambio climático, etc., cuando luego son los primeros en, por ejemplo, incentivar el transporte privado en lugar del público. Estos mensajes hacen confundir a los ciudadanos.

Por lo tanto, dos cambios estructurales principales y difíciles, pero posibles de lograr son: la eliminación de la competencia por el estatus y la fijación de estructuras que favorezcan el florecimiento de las personas, como por ejemplo, las llamadas economías "Cenicienta".

También es esencial reducir las desigualdades sociales, ya que en las sociedades más igualitarias hay mayor esperanza de vida, alfabetización, bienestar infantil, movilidad social y confianza. Asegura que una sociedad menos materialista será más feliz y que una sociedad más igualitaria será menos ansiosa de adquirir una cantidad incesante de bienes y servicios en numerosas ocasiones prescindibles.

La cuarta opción, se refiere a la necesidad de un nuevo modelo de gobernanza que apoye y ayude a la prosperidad. Relata que la prosperidad duradera se basa en dar a las personas capacidades para que florezca dentro de los límites ecológicos. Ésto se hace desarrollando una teoría macroeconómica ecológicamente alfabetizada y cambiando la lógica social del consumismo entre todos los ciudadanos de a pie y los mandatarios. Aquí se plantea algunas preguntas tal que, cómo se equilibran los intereses individuales con el bien común y cuáles son los mecanismos para lograr ese equilibrio.

Señala la importancia de la intervención del gobierno a la hora de cambiar la lógica social de consumismo, pues tienen muchísima influencia sobre la forma de pensar y de actuar de los ciudadanos. Lanzan muchísimos mensajes por la forma en que se estructura la educación, en la importancia que les dan a ciertos indicadores económicos, por la influencia en la política salarial sobre el equilibrio entre empleo y vida privada, por ciertas normativas sobre los productos como su duración, etc.

Por lo tanto, el gobierno tiene la misión de corregir esta estructura social eliminando los incentivos de un materialismo individualista y proponiendo alternativas para hallar la prosperidad conjunta. Aquí, se menciona la idea del “contrato social” entre los individuos y la sociedad para detener el individualismo y apoyar el comportamiento colectivo.

Por otra parte, también apunta que nos enfocamos más en el presente que en el futuro, nos importa más lo inmediato, y ésto, es algo que los economistas no pueden entender. Aún y todo, hay mecanismos para evitar nuestras ansias de consumo y protegernos en un futuro como son las cuentas de ahorro, el matrimonio, las normas de comportamiento social y el gobierno. Pero nuestro apetito por adquirir más y más cosas es tan elevado, que los mismos se están deteriorando.

Avner Offer, profesor de historia económica en Oxford, achaca este deterioro a la continua novedad de productos que hace que no paremos de comprar. De esta forma, la economía crece y seguimos atrapados en el crecimiento del consumismo exagerado (Jackson, 2011: 199; Offer, 2006).

La conclusión que extrae el escritor Tim Jackson, es que no se puede conseguir una prosperidad duradera y conjunta si únicamente nos preocupamos por nosotros mismos y por nuestra opulencia siendo extremadamente egoístas. A pesar de ello, es importante recordar que no sólo tenemos comportamientos egoístas; cada sociedad fija un punto de equilibrio entre egoísmo y altruismo como entre lo novedoso y lo tradicional. Si las empresas, normas sociales y tecnología del país, premian lo novedoso y la autopromoción, la gente se comportará de una manera avara y egocéntrica. Sin embargo, si las estructuras sociales valoran el altruismo y la tradición, el egoísmo será castigado. Hoy en día, parece que nuestra sociedad tiene el primer modelo implantado, donde las instituciones están diseñadas para favorecer el individualismo material y para fomentar la búsqueda de la novedad, contribuyendo al crecimiento y al consumo.

El economista Jackson sugiere que el propio gobierno está en conflicto, pues está obligado a perseguir el crecimiento, y simultáneamente, debe proteger el bien común, los bienes sociales y los límites ecológicos. El cambio de un comportamiento individualista a un comportamiento social y de la incesante novedad a una mentalidad un poco más conservadora, precisan de un cambio estructural importante donde se apoyen los comportamientos sociales, y para ello, un liderazgo fuerte es imprescindible. Los gobiernos deben involucrar a los ciudadanos y deben proporcionar capacidades para su florecimiento respetando la naturaleza y sus limitaciones.

Jackson termina el segundo bloque planteando la transición hacia una economía sostenible. Enumera ciertas alternativas para conseguir un cambio en la mentalidad de todos los ciudadanos, para conseguir otro tipo de crecimiento respetando los límites ecológicos y contribuyendo a lograr una mayor igualdad.

Por una parte, sugiere establecer unos límites. Recomienda fijar unos toques a la explotación de los recursos y emisiones, poniendo metas de reducción de acuerdo a esos toques. Estas medidas ya se han tomado para el carbono, y deberían aplicarse a otros recursos escasos no renovables, a las tasas de extracción de recursos renovables, etc. También propone una reforma fiscal ecológica donde por ejemplo, se graven las emisiones de carbono y así la gente se concencie sobre la contaminación que genera y empiece a modificar su rutina de consumo.

Asimismo, son necesarios los mecanismos de financiación que permitan un crecimiento económico dentro de los límites ecológicos en las naciones en desarrollo. Ésto es debido a que para conseguir una prosperidad duradera en las economías avanzadas, es muy importante contribuir al crecimiento de los países menos desarrollados, disminuyendo la desigualdad entre países.

Del mismo modo, piensa que hay que recomponer el modelo económico actual. Se debe desarrollar una macroeconomía ecológica con inversiones encaminadas a actividades que generen menor contaminación, a modernizar edificios antiguos con sistemas de ahorro energético, a tecnologías energéticas renovables, a infraestructuras de transporte público, a espacios públicos como bibliotecas, zonas peatonales y verdes, etc. Ésto tal vez haga que la rentabilidad del capital disminuya, ya que, precisarán mayor tiempo para recuperarse, siendo un problema para una economía basada en el crecimiento económico.

También menciona la necesidad de optar por otro indicador de medición del crecimiento económico, es decir, sustituir el PIB por otros indicadores alternativos como el Ahorro Neto Ajustado del Banco Mundial, la Media de Bienestar Económico de los economistas Nordhaus y Tobin o el Índice de Bienestar Económico Sostenible de los economistas Daly y Cobb (Jackson 2011: 219; Jackson y McBride, 2005; Sears y Ruta, 2007).

El PIB no contabiliza los servicios no mercantiles como el trabajo doméstico o el empleo voluntario, el agotamiento de los recursos naturales, los costes de la contaminación y daños ambientales a largo plazo, las pérdidas reales de bienestar debido a la distribución desigual del ingreso, etc.

El autor también propone un cambio en la lógica social. Por un lado, dice que para que en una economía con una producción tope, la productividad aumente, es necesario que los trabajadores trabajen menos horas, es decir, que el trabajo se comparta, de esta manera, los empleados estarán más descansados, podrán trabajar mejor y ser más eficientes a la vez que hacen más vida social y se fortalecen.

En cuanto a la desigualdad, es imprescindible disminuir la desigualdad social y económica para elevar la calidad de vida y alterar el patrón consumista. Para ello, se pueden modificar los impuestos sobre los ingresos, establecer unos máximos y mínimos de ingreso, etc.

También es vital dar mayor importancia al capital social, prestar mayor atención a los recursos humanos, a los espacios públicos y a las capacidades de florecimiento como la importancia de pertenecer a una comunidad y sentirse valorado.

Mismamente, apunta la necesidad de dismantelar la cultura consumista y para ello, califica de imprescindible establecer regulaciones más estrictas en los medios de

comunicación comerciales, donde no nos lleven al engaño y al ansioso apetito consumista.

También menciona que hay que modificar ciertas normativas sobre el comercio en relación a la durabilidad de los productos, pues la obsolescencia programada nos lleva a una sociedad de “usar y tirar”, desaprovechando recursos.

En definitiva, un cambio de mentalidad es urgente, hay que proporcionar estilos de vida diferente a las personas. Este proceso llevará muchísimo tiempo, pero no hay que tirar la toalla.

El autor asegura que en las economías avanzadas del mundo occidental, la prosperidad sin crecimiento es una necesidad financiera y ecológica.

3.2. EL FETICHE DEL CRECIMIENTO

Este libro contiene una breve introducción seguido de ocho capítulos que resumiremos, resaltando las informaciones que estimemos más relevantes. Esta obra surge de la pregunta que se plantea el autor, Clive Hamilton; ¿qué hace a la gente sentirse satisfecha?

Básicamente, se trata de una crítica al capitalismo consumista y apunta ciertas ideas y estructuras para una sociedad post-crecimiento. Aboga por una nueva teoría de felicidad transformando las estructuras de poder, nuestra actitud hacia la naturaleza y manera de pensar sobre nuestra vida y relaciones, evitando que las personas se conviertan en meros consumidores. Se pretende rechazar la creencia de que nuestras sociedades, mundo natural y dignidad, deben supeditarse en apoyo al crecimiento.

Podemos identificar tres bloques diferenciados en el libro. El primero de ellos, trata sobre la obsesión por el crecimiento económico, principalmente, en las sociedades modernas, y de la discusión de si un mayor crecimiento económico acarrea un aumento del bienestar.

El segundo bloque, relata los efectos que tiene la obsesión por el crecimiento económico, y se analizan los elementos relacionados con el deterioro del bienestar, como son la globalización, el medio ambiente, la política, etc.

El último bloque, está dedicado a la exposición de la transición hacia una sociedad post-crecimiento y las vías para lograrlo (Unceta, 2008). En esta tercera parte, introduce el término *eudemonismo*, la teoría de la felicidad, que se trata de una nueva organización social, que se basa en la realización de las capacidades humanas, haciendo una valoración apropiada de las fuentes del bienestar.

En cuanto al primer bloque, Clive Hamilton, narra que el crecimiento económico es lo que más importa al sistema político moderno y que los países califican su progreso mediante el indicador PIB, el cual recibe muchas críticas, y también, comparando su renta per cápita con el resto de países, la cual sólo puede aumentar mediante un crecimiento más rápido. Así, el crecimiento económico es la solución a todos los problemas.

Según el autor, si analizamos el papel del crecimiento en la sociedad moderna, se ve muy claramente que la obsesión por el crecimiento es un fetiche, y este fetichismo, lo encontramos tanto en países industrializados como en vías de desarrollo. Si éstos últimos abandonan la meta de búsqueda de crecimiento máximo, pueden ser castigados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial (BM).

Seguidamente, hace referencia a numerosos economistas como Adam Smith que se cuestionaron si verdaderamente un mayor crecimiento económico genera mayor bienestar, como hemos visto en el apartado dos de este documento.

Sin embargo, cita a un defensor del PIB como indicador del bienestar social, Gregory Mankiw, economista de la década del 1990, que argumenta que la mayoría de la gente quiere obtener altos ingresos, y que por lo tanto, el PIB por habitante es una forma natural de medir el bienestar social (Hamilton, 2006: 32; Mankiw, 1998).

De igual modo, cita a Simon Kuznets, el creador del sistema norteamericano unificado de contabilidad nacional, que advirtió al congreso en el año 1934, que era muy difícil deducir la calidad y bienestar de las personas a través de este medidor, y en 1962, escribió sobre la urgencia de revisar la elaboración y utilización de la contabilidad nacional (Hamilton, 2006: 34; Kuznets, 1934).

A continuación, menciona un informe titulado *Yearning for Balance*, El anhelo de equilibrio, en castellano, publicado en el año 1995 para el Merck Family Fund, una fundación privada estadounidense fundada en 1954 por George W. Merck, que se enfrentaba al fetichismo del crecimiento (Hamilton, 2006: 34; Merck, 1995).

Gracias al mismo, se sacaron cuatro consecuencias. La primera, consistía en que la mayoría de los ciudadanos pensaba que el materialismo, la codicia y el egoísmo, dominaban cada vez más su vida americana y querían que su vida se basase en valores que tienen que ver con las relaciones familiares, amistad, responsabilidad individual y social, etc. (Hamilton, 2006: 34-35; Merck, 1995).

La segunda, era que el materialismo había ocasionado más delincuencia, crisis familiares, adicción a las drogas, etc. Cuatro quintas partes pensaban que consumían mucho más de lo que necesitaban y les preocupaba su incapacidad de ahorrar para lograr lo que deseaban (Hamilton, 2006: 35; Merck, 1995).

La tercera, es que eran conscientes de que el materialismo exacerbado no les proporcionaba felicidad, pero les daba miedo a abandonar su patrón de consumo, pues pensaban que los bienes materiales eran los únicos que les proporcionarían una vida satisfactoria (Hamilton, 2006: 35; Merck, 1995).

La última, es que eran conscientes del daño realizado a la naturaleza (Hamilton, 2006: 35; Merck, 1995).

Seguidamente, reflexiona sobre la política actual. Opina que todos los partidos, tanto de izquierdas como de derechas, tienen la misma meta: conseguir un crecimiento económico ilimitado. Sus características políticas son el crecimiento, inversión, desarrollo, competencia y libre comercio.

Apunta que hay una falsedad en la política y que la culpa, mayormente, la tienen los partidos de izquierda. Éstos siempre se mostraron más solidarios con la gente de la

clase “obrera”, pero cada vez convergen más con los partidos de derechas, y sus seguidores, han perdido la confianza.

Hamilton piensa que el fetichismo del crecimiento y el neoliberalismo, el cual apoya la intervención del estado a favor del sector privado, la reducción del gasto público, la desregulación del comercio y de las inversiones en pro del crecimiento económico, destruyen la democracia. Además, cuando la gente mayor es consciente de la corrupción y falsedad que hay en nuestros gobiernos, que vulneran los derechos de las personas, confían en que los ciudadanos más jóvenes y con más energía, se revelarán y harán algo al respecto; sin embargo, ocurre todo lo contrario, se les dice lo que hay y lo asumen, sin realizar nada para evitar el sistema corrupto que tenemos.

Así las cosas, el escritor Clive Hamilton destaca lo sorprendente que resulta que en los debates políticos, no se mencione la incógnita de si un mayor crecimiento económico mejora el bienestar social; puede que lo eludan porque les beneficia, pues si esta afirmación no es verídica, es complicado justificar muchas estructuras sociales, políticas y económicas actuales.

En el presente, hay serias dudas de si el crecimiento económico mejora el bienestar social y de si un aumento de la renta per cápita contribuye a una mejor calidad de vida. Normalmente, se asume que las poblaciones más ricas dentro o fuera de un mismo país, son más felices, pero hay excepciones. Por ejemplo, Japón y Taiwán son dos de los países más ricos de Asia y son los que tienen mayor porcentaje de población declarada infeliz, y en contra, Filipinas, siendo más pobre, su población declara estar más satisfecha. También comenta que, según un estudio, a partir de 10000 dólares de renta media, no afecta a la satisfacción de los ciudadanos (Hamilton, 2006: 46).

Clive también expone una clara evidencia de que el crecimiento económico no contribuye a un mayor bienestar social. Para ello, muestra un estudio realizado en el año 1992, comparando varias ciudades de Japón y Sídney. En Japón, el PIB per cápita es notoriamente más elevado que en Australia, pero los habitantes de Japón trabajan unas 47 horas semanales, mientras que en Sídney lo hacen 35 horas. Los alimentos son también algo más caros en Japón. Así, vemos que los japoneses aunque tengas más dinero, no tienen tiempo para disfrutarlo con su familia, están más estresados y saturados, etc. y su bienestar social es menor (Hamilton, 2006: 51).

Después de analizar toda la información anterior, extrae tres conclusiones. Para empezar, concluye que por encima de cierto nivel de rentas, las personas que viven en países ricos no son más felices que las que viven en países más pobres. La segunda, señala que los ricos no son más felices en ningún país que los habitantes con ingresos medios, y la tercera, que la gente no se hace más feliz a medida que se enriquece. Pero está claro que una mayor renta lograda mediante un mayor crecimiento económico, sí que mejora la calidad de los más pobres que carecen de alimentos, vivienda y sanidad (Hamilton, 2006: 52). Pero aquí, también hace hincapié en analizar cuál es la naturaleza del crecimiento, pues detrás de los incrementos en la renta media, en numerosas ocasiones, está la desigualdad creciente, y en los países más pobres, en vías de desarrollo, muchas personas pasan de vivir en la pobreza rural a vivir en zonas urbanas con condiciones mucho peores y menos seguras (Hamilton, 2006: 47).

Tal y como dice Hamilton, cito textualmente “cuando un país supera el nivel por debajo del cual una renta mayor mejora, realmente, el bienestar, carece de sentido sostener que se necesita más crecimiento para eliminar la pobreza residual” (Hamilton, 2006: 47).

En cuanto a la felicidad personal, cita la conclusión que sacaron los psicólogos Myers y Diener, después de haber realizado diversos estudios, donde dicen que los cuatro rasgos de las personas felices son: un alto nivel de autoestima, tienen la sensación de que controlan su propia vida, son optimistas y extrovertidas (Diener y Myers, 1996; Hamilton, 2006: 53).

Basándose en numerosos estudios, Hamilton asegura que la felicidad personal depende de lo que la gente tiene en comparación con lo que desea, lo que anticipa o lo que tienen los demás. La felicidad significa desear lo que tenemos y no en conseguir lo que queremos.

Igualmente, se mencionan algunas conclusiones del psicólogo Tim Kasser, que aseguran que las personas que se guían por objetivos materialistas como dinero, fama y belleza, tienen una calidad de vida peor que aquellos que se guían por objetivos internos como las relaciones y desarrollo personal; y además, hacen infelices a los de su entorno (Hamilton, 2006: 56; Kasser, 1998).

Más adelante, presenta una medida alternativa al PIB, el Indicador de Progreso Genuino (IPG), también denominado Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES) que recoge aproximadamente veinte variables del bienestar económico que el PIB no tiene en cuenta.

La primera diferencia es que “el PIB da implícitamente por supuesto la distribución de la renta es perfecta” (Hamilton, 2006: 73). Si hay un crecimiento económico, no importa si las familias que reciben la renta extra son las más ricas o las más pobres. Es evidente, que un crecimiento económico contribuirá a un bienestar social si las familias más vulnerables reciben una mayor cantidad, minimizando la desigualdad. El IPG tiene en cuenta esta diferente distribución de la renta (Hamilton, 2006: 73).

Por otra parte, también incluye el trabajo voluntario y las actividades domésticas, que aportan valor a nuestro bienestar. Mismamente, tiene en cuenta los costes económicos del desempleo, pues cuando una persona pierde su trabajo, aparte de que la producción disminuye, padecen un descenso en su salud y los índices de delincuencia y rupturas familiares aumentan (Hamilton, 2006: 73-74).

Del mismo modo, el IPG deduce los gastos defensivos relacionados con la criminalidad, reparación de accidentes y sanitarios. Por ejemplo, si la tasa de delincuencia aumenta, habrá una elevación de gastos de seguridad doméstica y primas de seguro que el PIB los computa positivamente, cuando en realidad no mejoran el bienestar (Hamilton, 2006: 74).

Por último, el IPG tiene en cuenta los costes de agotamiento de los recursos naturales, de la reducción de la capa de ozono, contaminación del agua y agotamiento de los recursos no renovables. Por ejemplo, el PIB cuantifica el valor de la madera de los bosques como un beneficio mientras que el IPG considera también los costes medioambientales de la tala y deforestación (Hamilton, 2006: 74).

A pesar de ello, este indicador también tiene sus puntos débiles como el de aceptar que el bienestar es una función del consumo tal y como lo cree el PIB y la teoría económica en general, pero introduce aspectos importantes para evaluar el bienestar que no los tiene en consideración el PIB. Aunque debemos mencionar que el IPG no tiene en cuenta todas las variables que afectan al bienestar, solamente recoge aquellas que pueden medirse monetariamente (Hamilton, 2006: 72).

Hamilton comienza el segundo bloque, el dedicado a los efectos del crecimiento económico, con el capítulo número tres, titulado "Identidad". Define el crecimiento económico como un proceso por el que la gente satisface sus necesidades incrementando sus posesiones materiales, resultando así, más feliz. Esta definición genera tantas dudas, que Clive Hamilton se apoya en las declaraciones de varios economistas neoliberales para aclararse y generar sus propias respuestas.

Los neoliberales pueden llegar a creer que tener más dinero no aporta mayor felicidad, pero también creen que si es lo que las personas quieren, nadie debe denegárselo, pues si no son capaces de realizar una elección correcta por sí mismas, nadie lo hará.

Igualmente, defienden que una gama más amplia de productos contribuye al bienestar, pues así cada consumidor puede adaptar su gasto en consumo a sus necesidades.

El error más relevante de sus planteamientos es que consideran que los consumidores van al mercado con sus necesidades predeterminadas y claras, y que el único inconveniente está en optar qué gama de productos las satisface mejor. Sin embargo, es una obviedad que las empresas manipulan al consumidor y les hacen crearse necesidades que no tenían previamente. La diversidad de productos confunde a los consumidores de lo que realmente les va a satisfacer y de lo que verdaderamente precisan.

Además, los consumidores modernos, consumen por el significado simbólico que atribuyen a los productos que compran, por el prestigio que les proporcionan. Por ejemplo, para los hombres los coches suelen ser un símbolo de poder, seguridad, éxito, virilidad y fuerza. Hoy en día, el símbolo del prestigio es el dinero, y de su importancia ya matizaron ciertos autores. Uno de ellos fue Karl Marx, que durante la transición del feudalismo al capitalismo en sus *Manuscritos de economía y filosofía* en el año 1844, citó:

Mi poder llega donde llega el poder del dinero. Las propiedades del dinero son mis propiedades y poderes esenciales. Soy malo, deshonesto, falto de escrúpulos, estúpido, pero el dinero es honrado y, por tanto, también lo es su poseedor. El dinero además, me evita los problemas de ser deshonesto: por tanto, me supone honrado (Marx, 1844; Hamilton, 2006: 84).

Esta atribución del significado simbólico, se realiza a través del marketing. Cuando las personas van a adquirir algo, se preguntan ¿quién soy?, ¿quién quiero ser? Muchas veces, tampoco sabemos qué deseamos o por qué lo hacemos. Aquí, el marketing metafórico juega un papel muy importante; a través de imágenes visuales, hacen sentir a los futuros compradores ciertas sensaciones que les incita a comprar el producto. No compran el bien por su utilidad sino por la sensación que piensan, van a tener al consumirlo (Hamilton, 2006: 97; Pink, 1998).

Clive asegura que el marketing y las actividades publicitarias son, en general, engañosas, hacen que la gente adopte actitudes de adquisición contrarias a sus intereses, explotando la ignorancia pública y embaucando al consumidor. Muchas de estas actividades deberían estar penalizadas. Gracias a la prohibición de este tipo de publicidad, se empezaría a desligar la relación entre consumo material y felicidad.

De este modo, la gente comenzaría a consumir menos y se ahorrarían muchos recursos contribuyendo a mejorar el medioambiente.

Así, mientras las personas nos dejemos llevar por nuestros deseos y ansias materiales, es decir, mientras sigamos siendo infelices, la publicidad seguirá siendo eficaz, pues promete hacer feliz a los ciudadanos. Cuando la gente sea consciente del consumo masivo y sus repercusiones, podrá empezar a apartarse de la ideología del mercado.

Avanzando, el autor comenta que gracias a la ideología del mercado y su diversidad de bienes y servicios, la libre elección permite a los consumidores expresar su individualidad, fabricar su identidad, diferenciarse entre todo el mundo, pero en realidad, se trata de una falsa individualidad, pues estas personas, han sido manipuladas para seguir el patrón consumista y son incapaces de salir de él. Este fenómeno, conlleva al aislamiento de la gente, a que nos importe más lo que la gente piensa de nosotros, etc.

Clive Hamilton señala que comprar es una forma de dar sentido a nuestras vidas, de llenar el vacío que tenemos; se trata de una forma de olvidar nuestros problemas y evadirnos de la realidad. Pensamos que comprando, tenemos poder sobre esos objetos y también sobre nuestra vida.

Se menciona también la terrible soledad que hay hoy en día debido a los móviles, internet, telecomunicaciones, etc. Cada vez hay menos interacciones humanas y no sabemos nada acerca de la vida de nuestros propios vecinos. Estamos rodeados de gente, pero muy solos.

Vuelve a recordar que consumimos para crearnos una identidad, para crearnos un “propio yo”, sentirnos que ocupamos un lugar en la sociedad, crearnos un estatus, ser lo que realmente queremos ser.

De la misma forma, reitera que el despilfarro es vital para mantener el capitalismo, y que lo que se consume no son las propiedades físicas de un producto, sino el estilo y la imagen asociados al mismo.

Igualmente, declara que hay una relación estrecha entre el consumidor del capitalismo y la destrucción de la madre naturaleza. Para proteger nuestro entorno natural, se precisa de una modificación en la manera en que utilizamos los recursos naturales, en las pautas y nuestra mentalidad de consumo actuales.

Prosiguiendo, el escritor resalta el tema del progreso. Comienza afirmando que la idea que justifica el capitalismo moderno es que el mundo evoluciona hacia un futuro mejor y más próspero, y que ello es debido al crecimiento económico.

El concepto “progreso” a penas se menciona en los debates políticos, pues existen muchas dudas en torno a su correcta definición. Este término tiene una antigüedad de 200 años y sus características actuales son parecidas a las de la época dorada que

siguió a la Segunda Guerra Mundial. Adquirió importancia a comienzos del siglo XIX gracias a los avances en la ciencia aplicada, que hacían pensar en una capacidad inventiva infinita.

Sin embargo, la idea de progreso se empezó a asociar con la evolución gracias a las teorías de Darwin a finales del mismo siglo (Darwin, finales del siglo XIX; Hamilton, 2006: 114).

Hoy en día, la causa más relevante del progreso es la globalización, que se define como un proceso en el que las fuerzas económicas relacionan todos los puntos del planeta Tierra en una red dominada por los intereses de las grandes empresas. La globalización se trata de la transformación de políticas económicas nacionales y de instituciones internacionales, que han facilitado el movimiento de mercancías y capitales, es decir, han liberalizado el comercio (Hamilton, 2006: 129).

Todo este proceso se ha permitido porque se piensa que favorecen el crecimiento económico. Globalización, significa expansión de la actividad empresarial y financiera, y simultáneamente, difusión de ideas políticas que promueven el crecimiento, capitalismo consumista y cultura.

La globalización ha tenido muy pocos enemigos y ello es debido en parte, a que los gobiernos han eliminado cualquier elemento que la pueda obstaculizar tomando medidas en los mercados de capitales, políticas fiscales y monetarias, en el ámbito de comercio e inversiones, etc.

También es debido a que la ideología del capitalismo consumista, ha convencido a la gente de que el crecimiento económico es la única vía para hallar la felicidad y de que un mercado libre contribuirá a maximizar ese crecimiento. Hay que tener en cuenta que para esta ideología, la naturaleza es una fuente inagotable de recursos materiales para seguir produciendo y que puede absorber todos los residuos.

El profesor asegura que la globalización se ha asumido tanto como el crecimiento económico en las mentes de los ciudadanos.

Del mismo modo, se emplean ciertos argumentos a favor de la creencia de que el crecimiento es algo contra lo cual no se puede luchar.

Alguno de ellos, es que la sociedad posterior al crecimiento es una utopía, pues los deseos de las personas son muy ambiciosos e insaciables y la gente siempre querrá aumentar sus ingresos. Aunque hay algunos estudios antropológicos que dicen lo contrario. Sin embargo, conviene que sigamos creyendo en el crecimiento, para que siga habiendo una expansión ilimitada y justifique nuestro consumo absurdo.

En cuanto a los efectos del crecimiento económico en la política, Clive, nos ofrece información sobre la Tercera Vía, una ideología que intenta rescatar la preocupación por la desigualdad que tenían los socialdemócratas y la justicia social, en un sistema basado en el libre comercio.

Se trata de un programa político escrito por el sociólogo Anthony Giddens, en el año 1998, titulado *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*. Esta vía, acepta que el objetivo principal del gobierno es aumentar el crecimiento económico y que la mejor manera para lograrlo es la libre actuación del mercado privado. Según Giddens, se trata de una política que une a todos en una nación y aunque pueda haber

desacuerdos, no les separa nada importante. El mismo, cree que los problemas se resolverán cuando la gente los comprenda y que la solución a la ignorancia es la educación y persuasión, no la coacción. Los defensores de la Tercera Vía piensan que si la gente quiere un determinado estilo de vida, hay que proporcionárselo sin pensar en qué fuerzas están detrás de todo ello; por lo tanto, su política de vida es la que se adapta a la sociedad consumista (Giddens, 1998; Hamilton, 2006: 136-141).

Los seguidores de esta política aseguran que las preferencias de las personas se crean de la nada, que no están inducidas por el marketing. Destacan la soberanía del consumidor y piensan que las personas son libres para elegir sus deseos, y ellos, se limitan a dar oportunidades para obtenerlos y satisfacerlos.

Cada vez más, la diferencia ideológica entre los partidos conservadores y socialdemócratas es menor; su programa electoral es casi parecido. La distinción viene más por la diferencia en el producto, es decir, la imagen que venden, y para ello, contratan a especialistas en marketing que les ayuden a emitir los mensajes.

Giddens menciona la pérdida del idealismo político y dice que es debido a la convergencia de la Tercera Vía con el neoliberalismo. Esta política no sabe a qué representa. Por ello, actualmente, votamos a las personas candidatas más que a los partidos políticos (Giddens, 1998; Hamilton, 2006: 145).

Giddens piensa que la Tercera Vía es necesaria para devolver el poder al Estado, pues a raíz de la globalización, se le han impuesto muchas limitaciones. Sin embargo, hoy en día, si cualquier gobierno se opone a la globalización, será duramente castigado por el mercado. Para que ésto no suceda, deben tener una política monetaria estricta, reducir los impuestos a los ricos, contener a los sindicatos mediante la flexibilidad del mercado laboral, eliminar restricciones al libre flujo de mercancías y capitales, reducir la intervención estatal, etc. Se supone que gracias a estas acciones que pertenecen a la teoría económica neoliberal, se asegura el crecimiento económico (Giddens, 1998; Hamilton, 2006: 146).

A continuación, cita el término de desigualdad. Según Giddens, lo que distingue a la izquierda y derecha es su actitud hacia la desigualdad. Se supone que los primeros, propician una mayor igualdad mientras que los segundos, asumen una sociedad inevitablemente jerárquica (Giddens, 1998; Hamilton, 2006: 150).

Convencionalmente, los seguidores de la Tercera Vía se centran en conseguir la igualdad en los resultados, es decir, en reducir las desigualdades de renta, y no en la igualdad de oportunidades.

Sin embargo, cada vez se insiste más en la igualdad en oportunidades. Para ello, la educación es muy importante; aunque no garantice que la sociedad vaya a ser más igualitaria, sí que puede contribuir a que no empeore la desigualdad.

Los defensores de la Tercera Vía creen que la tecnología de la información resolverá las desigualdades, pues gracias a ella, todo el mundo puede acceder a la riqueza. Además, la tecnología de la información ha cambiado el trabajo de los que se sitúan en la escala más baja del mercado laboral como el que está en la cima. Para promover la tecnología de la información, es necesaria una remodelación en los sistemas educativos.

La desigualdad reduce el bienestar individual y social, y sus razones están más relacionadas con las actitudes sociales y culturales, que económicas. Una sociedad desigual es una sociedad infeliz, aunque los ingresos de la mayoría sean superiores a los que obtendrían en una sociedad más igualitaria. El bienestar de las personas está menos influido por su nivel de ingresos real que por la comparación de éstos con los de las otras personas y con las expectativas respecto a los ingresos con los que cuenta o debería contar. Es decir, los cambios en las actitudes personales y expectativas sociales, pueden acarrear una mejora del bienestar individual y social, sin que se modifique la distribución de la renta nacional.

Para acabar con la obsesión de un nivel y distribución de riqueza determinado y darle más importancia a los factores que ayudan a tener una vida gratificante, debe haber una transformación de ideas sobre los elementos importantes para lograr el bienestar y darle menos importancia al concepto de riqueza como medidor del bienestar.

Otro de los asuntos importantes que apunta Hamilton, es el trabajo. Se centra en el nuevo panorama del mercado laboral tras haber hecho frente a la escasez, al problema económico del crecimiento, y expone las características del mercado laboral en una sociedad en abundancia. En un mundo así, el trabajo ya no es un medio para obtener bienes materiales; se convierte en necesario para alcanzar la plenitud humana, la creatividad, para sentirse partícipe y útil en la sociedad. Por ello, muchos jóvenes y sobre todo aquellos con estudios, se preocupan menos que sus padres por la seguridad y planes a largo plazo, y se centran en encontrar un empleo con buenos requisitos laborales donde se sientan realizados.

Según los manuales de economía, al trabajo se le atribuye un sentimiento de sufrimiento, y revelan que ejercemos un trabajo con el único propósito de ganar dinero y emplearlo en la adquisición de bienes. Ésto sugiere que todo el mundo preferiríamos vivir ociosos, pero que nuestras grandes demandas de consumo, nos obligan a trabajar. A pesar de ésta interpretación sobre el trabajo, Jahoda, psicóloga social, declaraba que el trabajo proporciona una estructura temporal (organización del día a día), un esfuerzo colectivo, identidad o estatus y una actividad regular. Cuando una persona pierde su trabajo, sobre todo en las sociedades más ricas, se deprimen mucho, porque el trabajo da un sentido de identidad personal. Estas personas sufren más por los efectos psicológicos de verse excluidos de la sociedad, que de verse privados de ingresos, pues sin un empleo, no tienen cómo completar su día a día y se desmoralizan (Hamilton, 2006: 163-164; Jahoda, 1997).

Hoy en día, debido en parte a la incorporación de la mujer al trabajo y sus deseos de tener un trabajo a tiempo parcial para poder compatibilizar vida laboral y personal, se han aumentado los trabajos a tiempo parciales y eventuales. Este tipo de contrato, no se adapta a los requerimientos de todo el mundo, pero cada vez, el trabajo a jornada completa y seguro, es una minoría. El trabajo a tiempo parcial o eventual, es el que desea el capitalismo moderno, pues la exigencia de un crecimiento ilimitado hace que todo lo demás sea prescindible.

En cuanto al trabajo doméstico, ha sido menospreciado desde la década de 1970. En aquella época, se tomaban por actividades que no tenían ningún valor. Sin embargo, este tipo de tareas, proporcionan cuidado, apoyo, amor, etc., se tratan de

actividades gratificantes para pasar más tiempo con la familia y cuidarse a uno mismo. Además, según varias encuestas, a pesar de que hoy en día tenemos diversas máquinas para reducir el tiempo dedicado a las tareas del hogar, invertimos el mismo tiempo que en la década de 1950. Ello puede ser porque disfrutamos realizando las mismas.

Hay mucha gente que considera que este tipo de trabajo debe ser remunerado. Para argumentarlo, Clive emplea las ideas publicadas en un artículo escrito por el economista Gary Becker, en el año 1976, titulado en inglés *The Economic Approach to Human Behaviour*. En el mismo, exponía que la decisión de casarse se basaba en unos costes y unos beneficios. El matrimonio se trataba de, según palabras textuales, “un acuerdo para garantizar los beneficios mutuos de un intercambio entre dos agentes con atributos distintos” (Becker, 1976; Hamilton, 2006: 176). La gente se casaba para “producir con mayor eficiencia los productos del hogar como son la calidad de las comidas, calidad y cantidad de hijos, el prestigio, el entretenimiento, la camaradería, el amor y las condiciones sanitarias” (Becker, 1976; Hamilton, 2006: 176).

Dentro del tema del trabajo, menciona que el autoempleo, el trabajo desde casa, será la base de una sociedad post-crecimiento. El propósito de estos trabajos dista del que tienen las empresas capitalistas, las cuales están impulsadas por la necesidad de obtener beneficios y expandirse.

En una sociedad post-crecimiento, se adoptará la idea de “trabajar para vivir” en lugar de “vivir para trabajar”. Hasta ahora, hemos vivido en una sociedad dedicada al exceso de trabajo, fomentada por las presiones ejercidas por las empresas y el miedo al despido, pero hay que confesar que la mayoría de las jornadas excesivas han sido voluntarias, por las ansias de ganar más para adquirir más bienes materiales. Lo que convence a la gente para trabajar más horas, es el nivel de renta y categoría profesional que obtienen para generarse una determinada posición social.

Para finalizar el segundo bloque, abarca la cuestión del medio ambiente. Está convencido de que el modelo de consumo actual, no es para nada respetuoso con el medio ambiente. La población en general, se alarma al escuchar a los científicos y ecologistas hablar de las repercusiones ocasionadas a la naturaleza, pero esta preocupación es muy fugaz, e inmediatamente, la población, vuelve a sus hábitos de consumo.

Gracias a la tecnología, se ha reducido la cantidad de recursos necesarios para producir determinados bienes, pero el crecimiento de las economías exige un incremento enorme de recursos y originan muchísimos residuos. Se pronostica que el PIB mundial se triplicará en los próximos 50 años, y entonces, lo hará también el empleo de recursos. Para evitar este fenómeno, no basta con la tecnología, hay que empezar a adoptar medidas para reducir el empleo de los recursos naturales renovables y no renovables (Hamilton, 2006; 182).

Asimismo, Clive afirma que el coste de proteger el medio ambiente no es caro. Hay evidencias de que países que han adoptado reglas medioambientales exigentes, no han experimentado un retroceso económico. Además, está demostrado que las naciones que se anticipan a tomar medidas, tienen ventajas económicas a largo plazo. Sin embargo, muchos estados prefieren no tomar medidas medioambientales por el pánico a la reducción del crecimiento. Es verdad, que una restricción medioambiental

puede reducir algo el rendimiento obtenido de una determinada inversión, pero disminuir la generación de residuos, también es vital. Igualmente, en las economías de mercado se asigna capital a las inversiones que hay disponibles, y si hay restricciones medioambientales que reduzcan los rendimientos de ese tipo de inversión, este capital se puede destinar a otro tipo de inversiones que también generarán rentabilidad económica aunque sea algo inferior.

Si no empezamos a tomar medidas, Hamilton advierte de que nos vamos a enfrentar a un cambio climático que traerá consecuencias tan severas como la subida del nivel del mar, elevación de la temperatura media de la Tierra, etc.

Las Academias Nacionales de Ciencia de Estados Unidos han presentado un informe titulado *Abrupt Climate Change: inevitable surprises, El Cambio Climático brusco: sorpresas inevitables*, en castellano, donde aseguran que el cambio climático puede derivar en incidentes climáticos bruscos e inoportunos, tanto regionales como mundiales llegando a provocar sequías e inundaciones graves (Hamilton, 2006: 187; Las Academias Nacionales de Ciencia de Estados Unidos, 2002).

En el entorno político presente, el crecimiento económico es un deber incuestionable. Es complicado comprender por qué no somos capaces de hacer pequeños esfuerzos por reducir nuestro consumo para proteger el medio ambiente en el largo plazo. La mayor parte de la superficie terrestre de nuestro planeta está dominada por los seres humanos y hay muy pocas zonas salvajes. La obsesión por el crecimiento económico y en consecuencia, el agotamiento de los recursos, han llevado a varias personas a plantear el espacio, como un posible lugar donde vivir si la Tierra se convierte en inhabitable debido a alguna catástrofe ecológica.

Igualmente, las inversiones en actividades espaciales están teniendo una gran expansión para que permitan acceder al mismo con fines comerciales. Por ejemplo, Jim Benson, empresario espacial, ha propuesto la idea de intentar colocar un robot en un cuerpo celeste como un asteroide y traer a la Tierra recursos minerales (Benson, 1998; Hamilton, 2006: 195). También hay pretensiones de un posible turismo espacial dentro de diez o veinte años, incluso, hay gente que ya está reservando su viaje a la luna.

Teniendo en cuenta la filosofía de valor adoptada por el neoliberalismo, los seres humanos son valiosos de por sí, pero el mundo no humano, sólo vale en la medida que contribuye en el bienestar de las personas. Esta teoría tiene tres actitudes distintas.

La primera dice que el medio ambiente es valioso porque los recursos físicos son una fuente de valor económico (Hamilton, 2006: 197).

La segunda, tiene una perspectiva a largo plazo y reconoce que debe haber límites a la producción material y uso de los recursos naturales; apoya un crecimiento sostenible (Hamilton, 2006: 198).

La tercera, se fundamenta en que se puede obtener valor conservando y sin explotar todos los elementos del medio natural, como por ejemplo, las selvas tropicales. Son cuatro los motivos para apoyar esta tercera idea, que la proporciona el filósofo ecologista Warwick Fox: conservación de recursos genéticos para su empleo futuro, investigación científica, entretenimiento e inspiración estética. La naturaleza

tiene su propio valor intrínseco y para respetarlo, se precisa de una conciencia ecológica (Fox, 1990; Hamilton, 2006: 198).

Por último, el tercer bloque trata sobre el paso a una sociedad más allá del crecimiento, donde cambiarán las relaciones de poder, actitudes hacia la naturaleza, relaciones personales, instituciones, sociales y nuestra conciencia.

Clive Hamilton menciona el término “reducción de escala”. Se trata de reducir horas de trabajo, ingresos y consumo, para dedicar más tiempo a los hijos, familia, amigos, etc. y para tener una vida cotidiana que se aproxime más a los valores de cada uno. Esta decisión la han tomado todo tipo de clases sociales. No significa adentrarse en la pobreza, sino realizar cambios en la forma de vida y prioridades. Estas personas, anhelan que sus vidas se basen en la intimidad personal, amistad y responsabilidad individual y social.

Para que esta reducción de escala de lleve a cabo, es necesaria la reducción de escala política, es decir, los gobiernos deben mostrar una mayor predisposición a promover el bienestar de las personas cambiando sus hábitos de consumo favoreciendo la mayor calidad de vida individual y social y generando menor daño a la madre Tierra.

Según una encuesta realizada por Juliet Schor, profesora de sociología en la universidad de Boston, un 19% de la población de Estados Unidos confiesa haber realizado algún cambio en su vida cotidiana en los últimos cinco años que le ha llevado a ganar menos, como es dejar un trabajo por otro menos pagado, pero también con una jornada inferior gracias a la cual le permitía cuidar de sus hijos en lugar de llevarlos a la guardería (Hamilton, 2006: 209-210; Schor, 1999).

A continuación, el autor aboga por una política de felicidad, el *eudemonismo*. Defiende que la mayoría de los problemas de la sociedad moderna son debidos a las estructuras sociales, culturales e ideologías que tenemos implantadas, y que dificultan a los ciudadanos aprovechar sus capacidades y llevar una vida satisfactoria.

La palabra *eudemonía* la empleó Aristóteles para referirse a la felicidad derivada de la realización de las capacidades humanas (Aristóteles; Hamilton, 2006: 215). El *eudemonismo*, se refiere a una ética e ideología política que apoya la realización plena de las capacidades humanas mediante una valoración apropiada de las fuentes del bienestar. Esta corriente de pensamiento, defiende que la sostenibilidad llegará cuando se hayan superado tanto el crecimiento económico como el consumo creciente. Igualmente, el *eudemonismo* sostiene que el gobierno no tendrá como objetivo el crecimiento económico, pero ello no significa que tengamos que vivir como primitivos. Debemos emplear la creatividad humana para instaurar nuevas medidas para proteger el medio ambiente y disminuir la huella ecológica y a la vez, llevar una vida plena.

Asimismo, esta nueva forma de pensar, apoya equilibrar el tiempo y la importancia del trabajo no remunerado frente al retribuido, poniendo especial atención en aquellas actividades culturales, educativas, comunitarias y actividades dedicadas al ocio. De esta manera, los valores “masculinos” que dominan en el mundo de la economía de mercado como son la competitividad, la jerarquía, el incremento de la posición social, el egoísmo, etc. se equilibrarán con los valores “femeninos”

adoptados en las tareas del hogar como son la empatía, el cuidado, el aprecio y las actitudes colaborativas (Hamilton, 2006: 219).

Seguidamente, el economista nos propone ciertas medidas prácticas que pueden llevarnos a una sociedad post-crecimiento que tanto defiende; es decir, normas para pasar del capitalismo de consumo actual a una estructura social posterior al crecimiento.

Primeramente, Clive señala la importancia de reducir la jornada laboral, pues el exceso de horas de trabajo incita al consumo exacerbado. Aboga por la redistribución del trabajo, que beneficiará a los parados y a la gente que esté saturada de tanto empleo. Así, la gente dispondrá de mayor tiempo para estar con su familia, con su comunidad y dedicarse a actividades más satisfactorias. También menguará el valor atribuido al trabajo remunerado y en consecuencia, la importancia atribuida al consumo. De esta forma, el tiempo no empleado en las horas extras de trabajo y el tiempo dedicado al consumo, se podrán emplear en la educación y en la realización de actividades para sentirnos mejor con nosotros mismos.

En un segundo lugar, nos menciona el tema del marketing. En una sociedad post-crecimiento, habrá limitaciones en cuanto a la cantidad de mensajes publicitarios y se restringirá el tiempo dedicado a ellos en la televisión y radio. También debería establecerse una legislación más exigente que abogue por la veracidad de los mensajes publicitarios y deberían respetarse los códigos de conducta empresariales que prohíben a los anunciantes la realización de afirmaciones engañosas donde atribuyen a los productos características que no tienen.

En tercer lugar, el autor critica la utilización del PIB como indicador del progreso, porque condiciona nuestra forma de pensar sobre el cambio social y contribuye a que sigamos con la tendencia de consumo excesivo. Piensa que se deberían proponer otras alternativas de medición del progreso.

En cuanto a la norma número cuatro, referida a las relaciones internacionales, defiende que habría que introducir normas fiscales y reguladoras para limitar las inversiones en países ricos e incentivar la inversión en naciones menos desarrolladas, donde el crecimiento económico sí que puede mejorar el bienestar social. La Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, deberían cumplir sus objetivos principales que consisten en promover el desarrollo, la justicia y la sostenibilidad en los países más pobres.

En la quinta posición, la educación también es vital para llevar una vida más satisfactoria. La comprensión de cada uno depende mucho de nuestro entorno social, por lo que tener conocimientos de filosofía, historia y ética es muy importante, y paradójicamente, se trata de las asignaturas menos valoradas actualmente. La educación, se ha convertido en una mercancía del capitalismo consumista y ha estado influenciada en los últimos veinte años por la ideología de mercado, que mide la efectividad de las carreras universitarias por las probabilidades de ganar más dinero y atribuye poca importancia a la capacidad de la educación para convertir a los discípulos en seres humanos bien desarrollados y con una comprensión más profunda de sí mismos, de la sociedad y del mundo que les rodea. Por lo tanto, el incremento de la inversión en educación debería encaminarse a fomentar la posibilidad de llevar una vida plena en lugar de promover el ansia de obtener mayores sueldos.

La sexta norma, apunta el tema de la pobreza, que sigue estando presente en una parte pequeña de las sociedades más ricas. El crecimiento no soluciona este problema, y por tanto, se deberán tomar medidas redistributivas y una remodelación de los sistemas fiscales como son la introducción de impuestos sobre artículos de lujo, tasas ecológicas, tributación progresiva de las rentas, etc.

En séptimo lugar, el profesor, hace hincapié en el medioambiente. Los gobiernos ya no temerán que la protección de la naturaleza vaya a dañar la confianza de las empresas. Se exigirán de forma general unos principios ecológicos de diseño, que eliminarán la contaminación garantizando que las empresas cumplan con los requisitos ecológicos en cuanto a materiales, métodos de fabricación y construcción. Igualmente, se pedirá a las empresas que se responsabilicen de los materiales empleados y de los residuos generados desde la fabricación de los productos hasta su liquidación.

Continuando, insiste en que en la sociedad post-crecimiento seguirá siendo necesaria una buena gestión económica que evite la recesión y reduzca el bienestar; pero esta gestión no será tan agresiva como la actual que castiga permanentemente a los más pobres.

También indica que la sociedad post-crecimiento se parece mucho al concepto de estado estacionario. Aquí cita al economista, filósofo y político John Stuart Mill, defensor de este tipo de estado, quien hacía hincapié en que no se debería equiparar una economía sin crecimiento con una estancada (Hamilton, 2006: 225; Stuart Mill, 1923).

Clive Hamilton sostiene que debemos ir más allá del crecimiento y centrar nuestra atención y medidas en aspectos que contribuyen al bienestar. Una sociedad de este tipo, significa no tener que sacrificar la vida laboral, los recursos naturales y el sector público para promover el crecimiento económico.

Aún y todo, el estado estacionario tiene varias críticas. La primera de ellas, es que sin crecimiento, el capitalismo perdería fuerza y estaríamos en una situación de caos.

El segundo inconveniente, es en contra del crecimiento cero, más concretamente, la creencia de que la globalización incita inevitablemente a la expansión económica nacional. Aquí, expone el ejemplo de Japón. Durante la década de 1990, tuvo un crecimiento entorno al cero por ciento, pero aunque sus exportaciones e importaciones eran inferiores que si hubiera tenido por ejemplo, un cuatro por ciento de crecimiento, siguió participando totalmente en la economía manteniendo su cuenta corriente medianamente estable a largo plazo (Hamilton, 2006: 229). La conclusión que obtiene Clive después de analizar este caso concreto, es que un crecimiento cero o cercano al mismo durante un espacio de tiempo amplio, no significa que la economía mundial se vaya a aislar, ni que vaya a haber una desintegración social y declive cultural, sino que puede resultar una oportunidad para el renacimiento cultural y social.

La tercera objeción, sugiere que la tasa de paro aumentará y pasará a ser crónico, si el crecimiento no es el mayor posible. Está claro que el desempleo origina mucho sufrimiento, pero no hay pruebas certeras de que sus consecuencias se puedan paliar mediante una maximización del crecimiento económico. Gracias a la estabilización de

la economía, se reducirá la presión por generar nuevos puestos de trabajo y como la gente ya no estará tan ansiosa por consumir, dedicarán menos tiempo al mismo.

La cuarta argumentación en contra del estado estacionario y que no tiene demasiados apoyos, es la asunción de que si la gente deja de obsesionarse por el dinero, los objetivos que empujan a las personas a intentar alcanzar sus ambiciones se eliminarán y se creará una sociedad de vagos. Sin embargo, las personas estamos predispuestas a realizar determinadas actividades para conseguir unos objetivos. Un gremio de los posibles partidarios de una sociedad post-crecimiento, pueden ser los autónomos que prefieren ganar menos dinero a cambio de mayor flexibilidad.

Continuando, a medida que la gente se dedique más a actividades que mejoran el bienestar, el crecimiento de la producción disminuirá, pero aumentará la importancia atribuida al sector doméstico, educación, tareas creativas y actividades voluntarias. Así, aunque el PIB descienda, un indicador del progreso nacional que midiese de manera más minuciosa la actividad productiva, se incrementaría.

Por otra parte, las inversiones en nueva tecnología, sobre todo las dedicadas a la protección del entorno natural, se acelerarían.

Alude también al poder y estructuras sociales. El autor intenta buscar respuesta a la interrogación de si, un país, donde ya se ha alcanzado un estado avanzado de desarrollo, un crecimiento adicional llegaría a eliminar la pobreza residual. Atendiendo a los hechos históricos, la respuesta es negativa, pues en los últimos treinta años, las rentas reales medias se han duplicado, mientras que la pobreza sigue siendo la misma. El motivo por el que no hayamos realizado cambios en las estructuras sociales, es que la mayoría de la población nos preocupamos únicamente por nuestros ingresos (Hamilton, 2006: 234).

La ayuda externa en una época de riqueza ha caído mucho porque el dar a los más pobres, quita votos a los representantes de los partidos políticos en el gobierno. Sin embargo, estas ayudas impulsan el bienestar de los ciudadanos de países en vías de desarrollo. Si los gobiernos animasen a trabajar, ganar y consumir menos, el capital sobrante de los países ricos, el que no tuviese una salida rentable, se destinaría a los países más pobres y contribuiría a elevar su calidad de vida.

No tener el crecimiento como objetivo primordial, derivaría en una reestructuración del poder donde la sociedad sería mucho más igualitaria, quitando a los ricos gran parte del poder. Una sociedad post-crecimiento, no estaría dividida en clases basadas en los niveles de riqueza.

En la sociedad post-crecimiento, la función primordial de los gobiernos será la de proteger, expandir y enriquecer el capital social, cultural y natural. Las medidas para alcanzar el éxito, se centrarán en las capacidades interiores de los individuos, en su creatividad y su aportación social. Como estos indicadores no son un bien escaso, la competitividad por obtenerlos disminuirá.

La misión principal de la sociedad post-crecimiento es la de otorgar a las personas alternativas de satisfacción y realización personal. La búsqueda del bienestar, que exigirá abandonar la obsesión por el dinero, permitirá la aparición de una individualidad auténtica y no una fabricada por parte de las empresas mediante la manipulación del marketing y actividades publicitarias. Así, comprenderemos qué es lo

realmente valioso y que no tiene nada que ver con las cosas que los publicistas y los especialistas en marketing nos hacen creer.

Termina el libro con la siguiente frase que parece aportar algo de esperanza: "nada es inevitable, y no hay poder que sea invencible" (Hamilton, 2006: 241).

4. INDICADORES DE BIENESTAR

Comenzaremos este punto haciendo alguna referencia histórica sobre el establecimiento del PIB como medidor del crecimiento económico.

Seguidamente, plantearemos las diversas críticas realizadas sobre si se trata del mejor indicador para medir el bienestar social, ya que la teoría económica tradicional asume que hay una relación directa entre el crecimiento económico y el bienestar social. Estas críticas son las que Tim Jackson y Clive Hamilton manifiestan en sus obras.

Finalmente, presentaremos dos indicadores alternativos al PIB: el Índice de Desarrollo Humano (IDH) y la Huella Ecológica.

4.1. EL PIB COMO INDICADOR DEL CRECIMIENTO

La llamada *Economía del desarrollo*, nació a mediados del siglo XX, cuando finalizó la crisis del periodo de entreguerras y se retomó la preocupación por el crecimiento a medio y largo plazo. Como ya hemos comentado en la segunda sección de este documento, en el siglo XX, Pigou también empezó a relacionar las condiciones de progreso con la idea de bienestar y mencionó la posibilidad de medir el mismo. El objetivo de la *Economía del desarrollo*, era superar las dificultades que padecían principalmente los países que quedaron devastados por la Segunda Guerra Mundial, para lograr un crecimiento económico sostenido (Pigou, 1920; Unceta, 2009: 7).

Este nuevo punto de vista se sumaba a las ideas dominantes en ese periodo y a la preocupación por el desequilibrio y la baja ocupación de los recursos. Así, esta nueva perspectiva, originó diversas polémicas.

Primeramente, se estableció la variación del PIB por habitante a lo largo del tiempo, como la magnitud del crecimiento económico, para analizar el incremento de la capacidad productiva. Este planteamiento no encontró ninguna oposición, incluso algunos economistas afirmaban que no había un medidor más convincente que el PIB, y que la tasa de crecimiento, era el hilo conductor del capitalismo moderno (Unceta, 2009: 7).

Otro asunto que esta nueva sub-disciplina daba por supuesto era que el bienestar de los seres humanos estaba estrechamente relacionado con la riqueza del país donde vivían. Es decir, que si las naciones prosperaban, también lo hacían sus residentes. De esta manera, el desarrollo se evaluaba a partir de promedios nacionales, y el desarrollo humano y bienestar social, dependían del desarrollo que se diera a nivel estatal (Unceta, 2009: 7-8).

Otro debate que suscitó la *Economía del desarrollo*, fue el hecho de que el concepto de desarrollo se convirtiera en algo medible y cuantificable mediante el crecimiento económico, sus correspondientes variables y seguido de los estudios

realizados sobre la contabilidad nacional en periodos precedentes. Así, los economistas establecieron unos determinados instrumentos, que aunque tuvieron sus oponentes, los empleaban para evaluar los problemas y retos en los procesos de desarrollo (Unceta, 2009: 8).

De este modo, una vez vencido el pesimismo del periodo de entreguerras, el proceso de desarrollo empezó a surgir en países que estaban alcanzando la independencia y que no habían tenido demasiado dinamismo o proceso de modernización hasta entonces. Estas naciones se encaraban al reto de desarrollo en un nuevo panorama de relaciones norte-sur. De esta forma, surgieron los países *desarrollados* y los países *subdesarrollados* (Sutcliffe; 1995; Unceta, 2009: 8).

Este nuevo término de *subdesarrollo*, representaba la diferencia entre las naciones que ya estaban desarrolladas y las que debían pasar al estado de desarrollo de las primeras. Para que los países denominados subdesarrollados pudiesen convertirse en desarrollados, debían superar ciertas barreras tecnológicas, institucionales, culturales, etc. Al final, la metodología e instrumentos empleados, hicieron que se utilizase el crecimiento u otros indicadores relacionados con el mismo, como por ejemplo, la tasa de ahorro o la tasa de inversión, como elementos comparativos entre países. Así las cosas, el concepto de subdesarrollo se consideraba sinónimo de escasez productiva y crecimiento débil (Unceta, 2009: 8).

A pesar de este análisis cuantitativo, en ningún momento se estableció un determinado coeficiente para afirmar que un país concreto había logrado el estado de desarrollo. Es verdad que se calificaba una nación como subdesarrollada atendiendo a su PIB per cápita, pero simultáneamente, no se disponía de un criterio que explicase de la misma forma y de manera cuantitativa el nivel de desarrollo de una nación. Todo ello llevaba, en numerosas ocasiones, a confusión e imprecisión (Unceta, 2009: 9).

Debido a todo esto, al no tener un criterio exacto para cuantificar si un país era desarrollado o subdesarrollado, al no disponer de un punto a partir del cual ya no fueran imprescindibles sucesivos aumentos del PIB por habitante para lograr el desarrollo, la defensa del crecimiento económico ilimitado fue ganando peso (Unceta, 2009: 9).

La idea del crecimiento ilimitado también tuvo sus críticas por parte de algunos autores como hemos visto en apartados anteriores, pero en las mismas no se cuestionaba la idea del crecimiento, sino ciertas limitaciones del concepto de crecimiento ilimitado derivadas de las diferencias cualitativas entre los países *desarrollados* y *subdesarrollados*. Estas diferencias cualitativas se trataban de las relaciones de dependencia que dificultaban e impedían el crecimiento económico, amenazando el proceso de desarrollo (Unceta, 2009: 9).

No se cuestionó la cada vez mayor asociación del concepto de desarrollo al de crecimiento económico. El paso al desarrollo tenía muchas dificultades, pero no se cuestionaba la idea de que el crecimiento económico fuera la única vía para escapar del subdesarrollo (Unceta, 2009: 10).

4.2. CRÍTICAS AL PIB

Como ya hemos comentado reiteradamente a lo largo de todo el texto, hay ciertas dudas sobre la idoneidad de la utilización de la magnitud PIB como indicador del bienestar social.

Mencionaremos algunas de las críticas que ya hemos plasmado de forma transversal en el tercer punto del documento presente, referido a la revisión de los trabajos de Clive Hamilton y Tim Jackson. Ésto quiere decir que las críticas aquí planteadas son las que aparecen en los dos libros analizados en el capítulo anterior: *Prosperidad sin crecimiento* y *El fetiche del crecimiento*.

Para comenzar, en el PIB se incluyen los llamados “gastos defensivos”, a los que hacen alusión tanto Hamilton como Jackson en los dos libros aquí revisados. Dichos gastos monetarios son los que surgen debido a los propios impactos y riesgos ambientales como pueden ser los costes de la congestión del tráfico, el derrame de la gasolina en la carretera, la limpieza de la carretera después de que ocurra un accidente, el elevado gasto sanitario derivado de mayores casos de determinadas enfermedades ligadas a la contaminación, los gastos en seguridad doméstica y primas de seguro cuando aumenta la delincuencia, etc. Todos estos gastos son computados positivamente en el PIB. (Jackson, 2011: 159).

En palabras textuales de Clive Hamilton:

Una parte importante del gasto tenido en cuenta por el PIB es de carácter defensivo; es decir, se realiza para protegernos de alguna reducción del bienestar. Por ejemplo, si una ola de delincuencia (real o imaginaria) genera un incremento de gastos en seguridad doméstica y primas de seguros, dichos gastos se registran en las contabilidades nacionales oficiales como aportación positiva al bienestar. En realidad, esos gastos defensivos constituyen un intento de mantener el nivel de seguridad frente a un mundo más amenazador (Hamilton, 2006: 74).

Continuando, el PIB no recoge los llamados costes sociales, también denominados costes externos, como por ejemplo, gastos en investigación y desarrollo, en formación a los empleados, gastos que se originan debido al aumento del desempleo, el originado por el agotamiento de las reservas naturales y recursos no renovables, el descenso de la calidad medioambiental, el daño causado por las emisiones de gases de efecto invernadero, costes de la reducción de la capa de ozono, de la contaminación del agua etc. (Hamilton, 2006: 74-75). Literalmente, “mientras el PIB cuenta el valor de la madera de los bosques naturales como un beneficio, sin ir más allá, el IPG calcula también los costes medioambientales de la tala” (Hamilton, 2006: 74).

Continuando con las críticas, PIB no tiene en cuenta la amortización del capital, por eso es bruta. Lo más adecuado sería utilizar un indicador en términos netos, como por ejemplo, el Producto Interior Neto (PIN) o la Renta Nacional (RN), donde ya se haya descontado el valor de la producción que hay que destinar a hacer frente a la pérdida, al desgaste del capital (maquinaria, infraestructuras, etc.), para mantener la producción determinada (Jackson, 2011: 160). De esta manera, se reflejaría verdaderamente de qué cantidad de dinero se dispone para el consumo, o sea, qué cantidad total puedes destinar íntegramente al consumo, sin empobrecerse.

Otra de las cuestiones bastante peliaguda es el tema de la distribución de la renta, pues el PIB no recoge ninguna medida de la distribución (Hamilton, 2006: 73). Éllo puede resultar bastante injusto, ya que es evidente que para mejorar el bienestar

social y acercarnos un poco a una sociedad donde prime la igualdad, lo ideal sería que las familias más humildes recibiesen un mayor porcentaje de la renta.

Finalizando con los inconvenientes más habituales, para el PIB, la tan ansiada prosperidad, entendida ésta como un factor que contribuye a la felicidad de los ciudadanos como puede ser una buena educación, sanidad, atención de los derechos humanos, aceptación y tolerancia, es una transacción monetaria. Así las cosas, no se contabilizan las actividades no mercantiles como el trabajo doméstico o los trabajos voluntarios (Hamilton, 2006: 73).

Este tipo de trabajos son los que mayor aportación realizan al bienestar de las personas tanto por la familia como por los medios sociales, pero al quedar fuera del mercado, se omiten en la contabilidad nacional.

En estos trabajos no remunerados, como es el empleo voluntario, los voluntarios ayudan a muchísimas personas a salir de la tristeza por un momento, a olvidarse de sus problemas por un instante, a proporcionar comida a aquellas personas que han perdido su trabajo y tienen varias bocas que alimentar, les ayudan o por lo menos lo intentan, a hacer un poco más feliz a la gente sin nada a cambio. Igualmente, estos trabajadores se sienten útiles, ven que realizan actos sumamente reconfortantes y sienten que están haciendo el bien, que esa es su misión y que poco a poco contribuyen a mejorar la situación que muchísimas familias sufren. Podemos poner varios ejemplos de esta índole como pueden ser los comedores sociales, la recogida de alimentos y vestuario en muchos puntos de las grandes urbes, etc. Estos centros se convierten de alguna manera en “pequeños despachos de psicólogos”, donde pueden contar con un apoyo moral. Otro ejemplo, podrían ser aquellos magos y payasos que visitan los centros de salud para llevar a un mundo de fantasía a aquellos niños o incluso personas de la tercera edad enfermos que padecen cáncer o están en la recta final de su vida. Del mismo modo, también hay otro tipo de trabajo voluntario relacionado con el cuidado de animales callejeros, mantenimiento de edificios dañados, etc., igualmente necesario y agradecido.

El trabajo doméstico, también es de suma importancia en nuestra vida, a pesar de ello, lo valoramos muy poco al no estar retribuido. Pero el mismo puede agotar tanto como el que es remunerado. El trabajo que se hace dentro de los hogares familiares nos aportan momentos en familia que nadie puede adquirir yendo al supermercado; es un tipo de empleo que debería estar más valorado. Aquí resulta interesante apuntar que el PIB tampoco tiene en cuenta los costes económicos que surgen a causa del desempleo, pues una persona cuando pierde su trabajo, aparte de disminuir la producción, generalmente, sufren una recaída de salud, y las tasas de delincuencia y rupturas familiares tales como los divorcios, aumentan (Hamilton, 2006: 74). Todos estos hechos, afectan en el bienestar individual y social de los ciudadanos y el PIB, los ignora.

4.3. ALTERNATIVAS AL PIB

Como hemos visto anteriormente, al PIB se le achacan diversas críticas. La importancia que se le atribuye al PIB en los países del primer mundo, aumenta la

inestabilidad social y medioambiental. En los países subdesarrollados, disminuye la probabilidad de lograr modelos de desarrollo más sostenibles (Costanza, 2014).

Siendo así las cosas, las medidas alternativas de progreso se encuentran clasificadas en tres grupos. Primeramente, se encuentran las medidas económicas ajustadas que exponen factores sociales y medioambientales, expresadas en unidades monetarias para así facilitar su equiparación con el PIB (Costanza, 2014). Un ejemplo es el IPG, comentado en la exposición del libro de Hamilton, *El fetiche del crecimiento*.

El segundo grupo, tenemos las medidas subjetivas que se consiguen gracias a diversas encuestas. La denominada Encuesta Mundial de Valores es la más íntegra, pues incluye a unos 70 países, y a sus habitantes se les realizan distintas preguntas que miden de alguna manera el grado de satisfacción de sus habitantes. Otro ejemplo, es la Felicidad Nacional Bruta (FNB) que mide la felicidad de las personas teniendo en cuenta nueve dimensiones que son: el bienestar psicológico, nivel de vida, gobierno, salud, educación, vitalidad de la comunidad, diversidad cultural, el uso del tiempo y la diversidad medioambiental. Este tipo de indicadores han sido declarados como las mejores medidas de progreso de una sociedad, pero al tratarse de términos subjetivos, son bastante complicados de interpretar y comparar entre distintas culturas y países (Costanza, 2014).

Por último, tenemos los indicadores compuestos que incluyen variables tales como la vivienda, esperanza de vida, tiempo libre, compromiso y calidad democrática. De esta forma, se tienen en cuenta tanto indicadores subjetivos como objetivos logrando una visión más completa del desarrollo sostenible del bienestar. Un ejemplo es el Índice para una Vida Mejor (Better Life), desarrollado por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE). Este indicador tiene en cuenta las siguientes variables: vivienda, ingresos, empleo, comunidad, educación, medio ambiente, compromiso cívico, salud, satisfacción, seguridad y balance vida-trabajo (Costanza, 2014). La OCDE mantiene en la web una herramienta interactiva donde la gente puede calcular su propio índice según a qué variable de las antes comentadas le proporcione mayor valor. La última versión lanzada en junio del 2015, contiene las estadísticas más recientes, las respuestas de muchísimos usuarios y está disponible en muchos idiomas tales como el italiano, alemán, francés, inglés, español, portugués y ruso. Gracias a ésta herramienta, que desde su creación en el año 2011, ha sido visitada por más de 6 millones de personas y más de 92000 han creado y compartido con la OCDE su propio índice, se puede comparar el bienestar social entre distintos países (OCDE, 2015).

Después de realizar una clasificación de los tipos de indicadores alternativos al PIB, en este punto del cuarto apartado, expondremos dos indicadores que posiblemente, pueden medir mejor el bienestar en comparación con el PIB.

Podemos encontrar numerosas alternativas al PIB, pero en este documento, gracias a la sugerencia del profesor Koldo Unceta, vamos a presentar el Índice de Desarrollo Humano (IDH) y la Huella Ecológica. Este último no se trata exactamente de un indicador del bienestar, pero es sumamente importante como complementario del IDH, para así lograr un ir compuesto y más completo, como veremos más adelante. Elegimos estos dos indicadores porque pensamos que recogen variables muy valiosas para lograr el desarrollo.

Por una parte, el IDH recoge elementos importantes para tener un bienestar social y para lograr una realización plena de las capacidades humanas (desarrollo humano).

Por otra parte, la huella ecológica tiene en cuenta conceptos importantes para lograr el desarrollo sostenible, cuya definición según el Informe de Brundtland dice así: “el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades” (Informe de Brundtland, 1987; Ibarra y Unceta, 2001: 139).

Como ya hemos comentado a lo largo del texto, la economía del desarrollo ha asociado el aumento de producción con un incremento en el bienestar social. Muchísimos economistas se han aferrado a la idea de que el crecimiento es el único camino que lleva al desarrollo. A pesar de ello, también ha habido economistas que han cuestionado dicha afirmación, como hemos podido observar en el apartado número dos de este trabajo. El principal objetivo de la teoría económica convencional es el de incrementar la producción y los debates, principalmente, se centran en aumentar el ritmo al que lo hace.

4.3.1. ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO

En este punto, primeramente, trataremos un poco acerca de los orígenes y evolución del Índice de Desarrollo Humano (IDH), para pasar a su medición y repercusión e impacto social. Para realizar este apartado, nos hemos basado prácticamente en el primer capítulo de libro *Ensayos sobre el desarrollo humano*, titulado Desarrollo humano: origen, evolución e impacto.

La idea del desarrollo humano, apareció a finales de la década de los ochenta y originó un gran cambio debido a dos motivos.

El primero de ellos, es que cuestiona la afirmación de que una mayor producción genera mayor bienestar social, es decir, el proceso de desarrollo se empezó a ver como un proceso de ampliación de las capacidades humanas en lugar de verse como una mayor satisfacción económica. El objetivo del desarrollo es proporcionar mayores oportunidades, una vida más larga, tener acceso a la educación, etc.

El segundo motivo, es que el desarrollo humano pone en cuarentena la afirmación de que el desarrollo se consigue a través de las inversiones en instalaciones y bienes de equipo, el capital físico. Ello se debe a que se han realizado numerosos estudios, donde se confirma que la inversión en la formación del capital humano como son el gasto en educación, investigación, desarrollo, en programas de planificación familiar, alimentación, salud, etc. han propiciado rendimientos más altos que los que se consiguen mediante la acumulación de capital físico. Por lo tanto, se puede concluir que un mejor desarrollo global se puede lograr combinando el cambio en los objetivos de la política económica tradicional y otorgando mayor importancia a las inversiones en personas. (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 26).

En cuanto a la evolución del término desarrollo humano, podríamos decir que sus orígenes se encuentran a principios de los años setenta, cuando la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Banco Mundial, junto a otras instituciones, defendieron la redistribución marginal de la renta, empleando los ingresos adicionales

en activos vitales para las sociedades más empobrecidas. Además, la OIT propuso como prioridades del desarrollo la creación de empleo y el cubrimiento de las necesidades básicas de las personas (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 27).

Una década después, en los años ochenta, era evidente que el crecimiento no generaba un mayor desarrollo en muchísimos países de África y Latinoamérica que se vieron sumergidos en una crisis profunda, y donde las medidas convencionales de estabilización, ocasionaron mayor desigualdad y empobrecimiento (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 28). Así las cosas, cito literalmente, “el crecimiento no se podía dar por sentado” (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 28).

A finales de los años ochenta, Mahbub ul Haq fue nombrado asesor especial del administrador general del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) e incitó al programa para que apoyara la cuestión del desarrollo humano (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 29; ul Haq, 1987). Así, desde 1990, el PNUD elabora anualmente un *Informe sobre Desarrollo Humano*.

En lo que se refiere a la medición del desarrollo, hemos visto que el PIB per cápita no constituye la mejor alternativa para medir el bienestar social. Ante tales circunstancias, gracias al trabajo realizado por Amartya Sen, Lord Desai y varios economistas, presentaron el IDH en el primer *Informe sobre Desarrollo Humano*. El IDH y el PIB no miden lo mismo, el primero, mide el nivel de capacidades humanas, las oportunidades que tiene una población, mientras que el segundo, calcula el bienestar económico. Por lo tanto, se tratan de índices complementarios (Desai y Sen, 1990; Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 30).

El IDH está compuesto por cuatro elementos que son: la esperanza de vida al nacer, la tasa de alfabetización en adultos, la tasa de matriculación en educación primaria, secundaria y terciaria, y finalmente, la renta real calculada en términos de igualdad de poder adquisitivo. Vemos que tiene conceptos no contemplados por el PIB (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 31).

El IDH toma valores que van desde cero a uno; donde un coeficiente próximo al uno, significa que se encuentra en una situación óptima en cuanto a salud, educación y renta per cápita, mientras que un valor en torno a cero, significa lo contrario (Fernando Herrera, 2012: 43; PNUD, 2011).

Es importante resaltar que, aunque podamos pensar que los países con mayor IDH son los que mayor renta per cápita tienen, no siempre es así. Por ejemplo, en el año 1994, teniendo en cuenta los datos de 175 países, Costa Rica ocupaba el lugar 33 en cuanto al IDH y el puesto 60 en cuanto a la renta per cápita, teniendo así 27 posiciones de diferencia. Sin embargo, Kuwait tenía el número 53 en cuanto al IDH y el puesto 6 en cuanto a la renta per cápita, teniendo así una diferencia de 47 posiciones. (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 32).

A continuación reflejaremos una tabla con varios ejemplos extraídos de la página web oficial de PNUD, que consta de información de 188 países, más actualizados, del año 2014.

PAÍSES	IDH	RANKING IDH	PNB PER CÁPITA (\$)	RANKING PNB PER CÁPITA	POSICIÓN PNB PER CÁPITA MENOS POSICIÓN IDH
Alemania	0,916	6º	43.919	17º	11
Costa Rica	0,766	69º	13.413	79º	10
España	0,876	26º	32.045	33º	7
Kuwait	0,816	48º	42.100	2º	-46
Lesotho	0,497	161º	3.306	145º	-16
Luxemburgo	0,892	19º	58.711	8º	-11
Nigeria	0,348	188º	908	183º	-5
Noruega	0,944	1º	64.992	6º	5

Fuente: Human Development Report (OCDE, 2015)

Avanzando, hemos de reconocer que el IDH también tiene sus debilidades. Por un lado, el hecho de introducir en un mismo indicador un parámetro monetario (la renta) y dos sociales (salud y educación) genera numerosas disparidades. Incluyendo la variable renta en el IDH, nos hace pensar que un aumento de la misma, mejorará el bienestar. Ésto sí que puede ser real en los países del tercer mundo, teniendo únicamente la posibilidad de mejorar el bienestar general, pero no para los países industrializados, que al continuar creciendo, se incrementa el daño generado a la naturaleza y así, su bienestar (Bermejo, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 165).

De la misma forma, es necesario anotar que, aunque el PNUD ha intentado crear un "IDH verde" introduciendo elementos medioambientales, como por ejemplo, la emisión de dióxido de carbono, no ha logrado tener éxito (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 33).

Igualmente, el IDH se debería ajustar según el género para analizar las disimilitudes entre sexos en cuanto a la esperanza de vida, tasa de alfabetización, nivel de rentas, etc. Este "IDH sensible al género", se incluyó en el segundo *Informe sobre Desarrollo Humano* (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta; 2001: 33; PNUD, 1991).

Otra de las limitaciones está relacionada con la variable "esperanza de vida", pues la longevidad no significa que la calidad de vida sea buena, puedes tener algún tipo de discapacidad o problemas de morbilidad. Por ello, numerosos autores abogan por introducir las variables de morbilidad y discapacidad en el índice; cómo hacerlo es el problema (Ibarra y Unceta, 2001: 88; Sutcliffe, 2001).

Para finalizar con las críticas al IDH, debemos apuntar que para conseguir el nuevo propósito de la política de desarrollo, es decir, el aumento de las capacidades humanas, es necesario ajustar el IDH según la distribución de la renta, pues las capacidades humanas se reducen al aumentar la desigualdad (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 33). Además, un aumento de renta puede deberse únicamente a un aumento en la renta de los ricos, y no a un incremento en los ingresos per cápita, lo que hace que la brecha entre ricos y pobres sea aún más notoria (Ibarra y Unceta, 2001: 85; Sutcliffe, 2001).

Como acabamos de ver, el concepto de desarrollo humano hace que nos tengamos que replantear el significado atribuido a la palabra pobreza.

El desarrollo humano considera que la pobreza no tiene que ver sólo con unos reducidos ingresos o escasez de alimentos, sino que abarca más variables. Así, el PNUD con la intención de medir la pobreza, creó dos índices.

El primero de ellos fue en el año 1996, cuando el PNUD propuso el Índice de Pobreza de Capacidad (IPC), donde se incorporaban tres características: estar alfabetizado con opción al conocimiento, poseer alimentos y poder alumbrar adecuadamente. Este medidor proporciona la misma ponderación a las tres variables (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 33; PNUD, 1996). Debemos anotar que no lo hemos expuesto como otra alternativa al PIB porque no ha alcanzado apenas ninguna difusión, debido mayormente a la falta de tiempo para poder demostrar su validez. Textualmente, “ha quedado sin explicación oficial su retirada en un periodo tan corto de tiempo” (Dubois, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 55).

Un año más tarde, en 1997, el PNUD elaboró el Índice de Pobreza Humana (IPH), donde incluía tres variables: el porcentaje de la población con una esperanza de vida inferior a 40 años, tasa de analfabetismo en adultos y una última variable compuesta por el porcentaje de la población sin suministro de agua potable, sin acceso a servicios sanitarios y porcentaje de niños menores de cinco años con un peso por debajo de lo saludable. Este medidor también pondera por igual los tres elementos. Esta segunda opción evalúa de manera más acertada la privación de las capacidades humanas que el IPC; se trata de una continuación del mismo (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 34; PNUD, 1997). Tampoco hemos expuesto este índice como alternativa al PIB por el hecho de que en dos años se presenten dos índices, refleja la complejidad de encontrar un índice que mida de manera fiable la pobreza (Dubois, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 53). Igualmente, cito textualmente, “las estimaciones del IPH presentan en conjunto una extensión de la pobreza más baja que la medida en base al ingreso de un dólar por día que establece el Banco Mundial” (Dubois, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 57). Por lo tanto, puede que sus estimaciones no sean demasiado exactas y se tratan de un “intento fallido” para medirla pobreza por parte del PNUD (Dubois, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 53)

Como ya hemos citado anteriormente, el triunfo del desarrollo humano se le atribuye principalmente al PNUD y a la convicción llevada a cabo por Mahbub ul Haq, ya que gracias a ellos se publica anualmente, desde el año 1990, el *Informe sobre Desarrollo Humano* (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta; 2001: 35; ul Haq, 1990). En ellos, se analiza el transcurso del desarrollo humano, se ofrecen datos estadísticos y se tratan y debaten asuntos que generan cierta controversia o están en boga.

El primero de los informes, presentaba el concepto de “desarrollo humano” y el IDH. En los sucesivos informes, se han tratado temas como las desigualdades de género en cuanto a la cantidad de trabajo y salarios, creación de empleo, reducción de la pobreza, integración social, relaciones Norte/Sur, globalización, etc. Concretamente, el informe del año 2015, está dedicado a los distintos aspectos del trabajo y se tratan temas como el trabajo sostenible, estrategias para mejorar el bienestar de los trabajadores, diferencias en los trabajos retribuidos, desequilibrios entre empleos remunerados y no retribuidos, etc. (PNUD, 2015).

Finalizamos este punto, destacando que el concepto de desarrollo humano ha hecho que poco a poco se vaya modificando la forma de pensar convencional y se vaya desvaneciendo la idea de que una mayor producción equivale a un mayor desarrollo y bienestar social.

Todas estas transformaciones también han llegado al Banco Mundial y FMI. Por ejemplo, el Banco Mundial reconoció que el desarrollo está asociado a las personas y no al PIB, y así, en el año 1998, expuso, en la publicación de *Indicadores del Desarrollo Humano*, unos medidores tanto económicos como humanos (Griffin, 2001; Ibarra y Unceta, 2001: 39).

4.3.2. LA HUELLA ECOLÓGICA

En este apartado definiremos de qué se trata la huella ecológica, qué es lo que mide, cómo lo hace y acabaremos mencionando ciertas críticas y conclusiones al respecto. Mayormente, nos apoyaremos en la información facilitada en la página web oficial Global Footprint Network dedicada a la investigación para proporcionar herramientas de contabilidad de la huella ecológica.

Para comenzar, podemos decir que la huella ecológica en sí, no es un indicador del desarrollo, sino que es un indicador complementario del IDH, ya que éste, no incluye ninguna medida de la calidad, el consumo o el deterioro de los recursos naturales disponibles en un territorio.

La huella ecológica se trata de un medidor que indica la cantidad requerida por las personas de la naturaleza, es decir, calcula cuánta área de territorio y de agua necesita la población humana para producir los bienes consumidos por los mismos y para absorber los desechos ocasionados como son los residuos de cosechas, recortes de árboles, dióxido de carbono emitido por los combustibles fósiles, etc., y la compara con la cantidad de tierra y agua biológicamente productiva disponible, con la biocapacidad.

Desde los últimos años de la década de los setenta, se está dando un “sobregiro ecológico” en nuestro planeta, es decir, la demanda de la población está superando la capacidad que tiene nuestro ecosistema para regenerar los recursos y absorber los residuos. La huella ecológica se encarga de medir este “sobregiro global”, y el mismo, suele conllevar la extinción del capital biológico y la recopilación de desechos. Por lo tanto, este fenómeno es sumamente nocivo tanto para el bienestar humano como para la salud del planeta.

En cuanto a su medición, como ya hemos dicho anteriormente, calcula la cantidad de tierra y agua biológicamente productiva, que una persona, ciudad, región, país, etc. emplea para fabricar los productos que consume y para absorber los residuos generados mediante la tecnología existente. Esta cantidad de tierra y agua se mide en hectáreas globales, que se tratan de unas unidades comunes para medir la productividad anual media de todo el área terrestre y acuático biológicamente productivo en el planeta, como son las tierras de cultivo, bosques, áreas de pesca, etc. Así, las hectáreas físicas de distintos tipos de terreno se convierten en la unidad común denominada hectárea global.

Como hemos anotado previamente, la huella ecológica puede calcularse para una única persona, un grupo de personas o una actividad concreta.

Si queremos obtener la huella ecológica de una persona, tenemos que considerar tanto la cantidad de producto consumido como la cantidad de desecho originado durante un año por la misma. Así, debemos dividir la cantidad de recurso consumido por esa persona durante un año, en toneladas, entre el rendimiento del área terrestre o acuático, en toneladas anuales por hectárea, de donde ese recurso fue cosechado o donde ese residuo fue absorbido. La suma de las hectáreas globales requeridas para la fabricación de productos consumidos y las necesarias para la absorción de residuos proporcionan la huella ecológica de una persona. Si fuese un grupo de personas, habría que sumar todas las huellas ecológicas de las mismas. Si se quisiese calcular esta huella ecológica de una actividad, habría que sumar todo el material consumido y desechos generados por la misma.

Las críticas que puede ocasionar este indicador son varias. Por un lado, no hay ningún indicador que recoja todos los aspectos y problemas que tienen los sistemas ecológicos, y la huella ecológica, sólo da respuesta al siguiente interrogante; ¿cuánta capacidad del planeta empleamos en comparación a la capacidad realmente disponible? Este indicador es fácil de manejar, pero es incompleto, debería combinarse con otros indicadores para analizar más exhaustivamente cuál es la situación de nuestro planeta Tierra.

Por otro lado, la utilización de una unidad común como son las hectáreas globales, puede hacer que estemos siendo demasiado simplistas y estemos dejando de considerar las características particulares de cada tipo de área.

Siguiendo, tampoco tiene en cuenta la salud y el bienestar social, pues incluir conceptos tan distintos puede acarrear dificultades a la hora de interpretar determinado indicador. Así, la huella ecológica, no recoge todos los aspectos de la sostenibilidad y en numerosas ocasiones, debe complementarse con el IDH para realizar un análisis más preciso del bienestar.

Otra de las críticas es que muchos residuos generados por los humanos no pueden ser absorbidos por ningún proceso biológico, y por ende, no pueden ser considerados directamente en la huella ecológica, ya que ésta mide el área necesaria para producir determinado material o absorber un desecho, mediante procesos biológicos. Por ejemplo, cuando un gas contaminante daña los ecosistemas, esta generación de contaminación la puede contabilizar la huella ecológica situándola en la huella ecológica de la actividad que ha ocasionado esa contaminación. Esta pérdida de biocapacidad, se tendrá en cuenta en la evaluación de la huella ecológica del próximo año.

Para concluir con este punto, hemos visto que gracias a este indicador podemos evaluar cuál es nuestra utilización de los recursos que nos aporta la madre naturaleza y podemos tomar medidas para detener el uso abusivo de los recursos. Debido al "sobregiro global" que estamos padeciendo, debemos tomar inmediatamente medidas para cambiar nuestra forma de vida y evitar así, un futuro insostenible.

Para que este indicador tenga una mayor incidencia, las oficinas de estadística, los políticos, etc. deben promover y apoyar la metodología y datos proporcionados por este indicador. Actualmente, se calcula la huella ecológica de aproximadamente, 152 países. Las cuentas nacionales de las huellas ecológicas, miden la capacidad ecológica de los recursos nacionales y nos ayudan a tomar decisiones encaminadas a promover

la sostenibilidad y a exponer datos cuantitativos del impacto generado por los individuos sobre la naturaleza, es decir, nos informan de si estamos respetando el presupuesto ecológico o consumiendo recursos naturales más rápido de lo que se regeneran.

4.3.3. CONCLUSIÓN: DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE

Para realizar este apartado nos basaremos en la tesina realizada por Andrés Fernando Herrera, *Encuentros y desencuentros entre el Desarrollo Humano y el Desarrollo Sostenible* y en el texto de Bob Sutcliffe, *Desarrollo frente a Ecología*, publicado en la revista *Ecología Política*.

Con este punto concluiremos el apartado de las alternativas al PIB anotando las características comunes entre desarrollo humano y desarrollo sostenible, así como sus rasgos oponentes.

Como hemos podido observar, no hay un indicador totalmente completo que recoja tanto variables correspondientes al desarrollo humano como elementos pertenecientes al desarrollo sostenible. Podemos identificar fácilmente que el IDH abarca variables pertenecientes al desarrollo humano y que la huella ecológica está muy ligada a temas relacionados con el desarrollo sostenible.

El desarrollo humano se trata de un proceso de cambio social y económico cuya misión es mejorar los niveles de vida y capacidades humanas de las personas que actualmente sufren varias privaciones. Igualmente, critica el uso de la producción o tecnología como indicador determinante del bienestar social. Por lo tanto, vemos que es justo lo contrario a lo que dictamina la idea tradicional, de que el bienestar es el resultado del crecimiento económico (Sutcliffe, 1995).

Debemos matizar que antes de la aparición del término desarrollo humano, el economista Amartya Sen, dio a conocer el Enfoque de las Capacidades, que surgió de la crítica que el mismo hizo al modelo económico de la época, centrado en la obsesión por el crecimiento económico y la opulencia material. Ambos conceptos son distintos y no deberían confundirse el uno con el otro (Fernando Herrera, 2012: 32).

El enfoque de las capacidades tiene dos elementos básicos que son los funcionamientos y las capacidades. Por un lado, los funcionamientos, se trata de lo que una persona puede llegar a ser o puede hacer (estar bien alimentado, formar parte de una comunidad, leer, escribir, etc.).

Por otro lado, están las capacidades, que son todos aquellos funcionamientos que una persona puede alcanzar (Fernando Herrera, 2012: 35; Sen, 1990, 1993). Por lo tanto, según la línea adoptada por Amartya Sen:

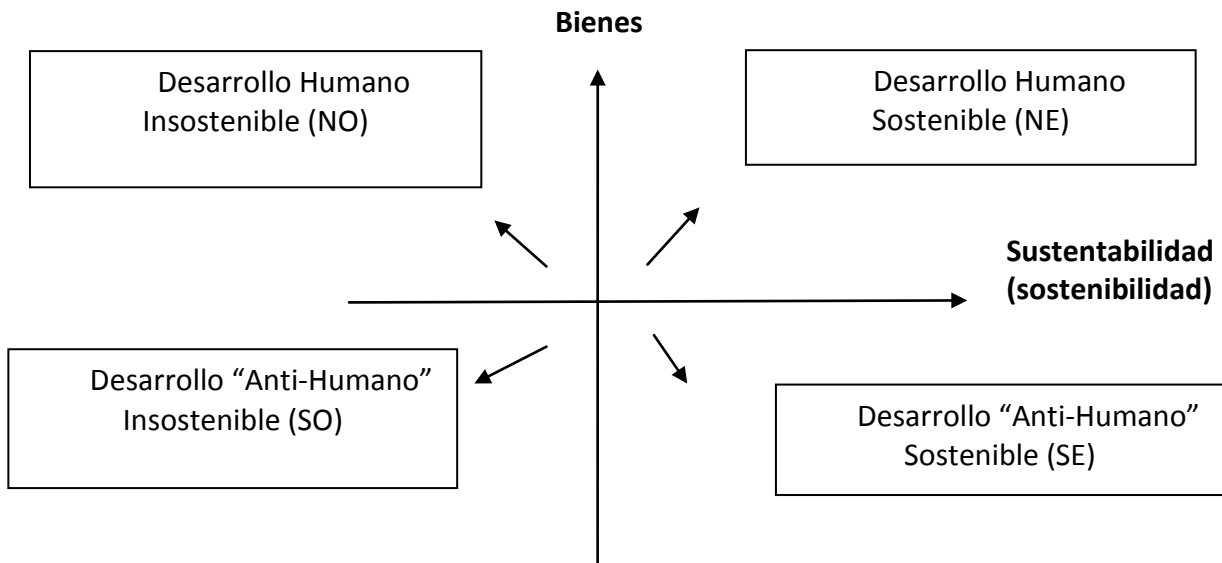
El proceso de desarrollo se ve como un proceso de ampliación de las "capacidades" de las personas y no únicamente como un aumento de la utilidad y del bienestar y satisfacción materiales, aunque su concreción se da en algunos funcionamientos básicos (salud, educación y renta). El énfasis del paradigma del desarrollo humano recae en las personas como objetivos últimos del desarrollo, y en consecuencia el bienestar material es sólo un medio. (Fernando Herrera, 2012: 42)

En cuanto al desarrollo sostenible, se trata de los cambios que se precisan en las actividades de producción y consumo para reducir la contaminación generada y evitar el agotamiento de los recursos no renovables (Sutcliffe, 1995).

Vemos que ambos tipos de desarrollo tienen una esencia bien positiva, por lo que lo ideal sería poder conseguir ambas, teniendo así un Desarrollo Humano Sostenible.

Esta fusión la refleja Bob Sutcliffe en un gráfico ilustrativo donde el eje de abscisas mide el desarrollo sostenible (sustentabilidad) y el eje de ordenadas mide desarrollo humano (bienestar) (Sutcliffe, 1995).

Este es el gráfico de Desarrollo Humano Sostenible que nos proporciona Bob Sutcliffe (Sutcliffe, 1995).



Vemos que hay distintas orientaciones que se pueden tomar, pero sólo una es realmente la idónea, la que toma la vía noreste (NE), pues aquí se encuentran las acciones que promueven positivamente ambos desarrollos.

Podemos observar que en el resto de direcciones hay algún tipo de desarrollo que falla. En el Suroeste (SO) se hayan las actividades que tienen un resultado negativo en ambos tipos de desarrollo, en el sureste (SE) se encuentran aquella que contribuyen a la mejora de las condiciones medioambientales pero menoscabando el desarrollo humano, y por último, en el noroeste (NO), están las que contribuyen a un mejor bienestar social pero perjudicando a la madre naturaleza (Sutcliffe, 1995).

Por lo tanto, todas estas actividades catalogadas en distintas dimensiones, deben moverse hacia la dirección NE y mantener las que ya se encuentran aquí. Las acciones del NO, deberían disminuir el daño realizado a la naturaleza, pero pueden mantenerse si todavía no se ha encontrado otra manera más óptima de realizarla. Las actividades del SO, hay que abolirlas.

Lamentablemente, el modelo económico que tenemos hoy en día, en numerosos ocasiones, promueve y favorece las actividades incluidas en el SO (Sutcliffe, 1995).

Una vez que hemos analizado qué camino nos debería guiar, vamos a proceder a explicar cuáles son los puntos de convergencia y los discordantes entre ambos tipos de desarrollo.

Comenzaremos por los rasgos que les unen. El primero es que ambos desarrollos, tanto el desarrollo humano como el desarrollo sostenible, tienen su origen a finales de la década de los sesenta y principios de los años setenta, cuando las críticas al modelo económico centrado únicamente en el crecimiento económico que había implantado, se estaban haciendo más sonantes. Algunos autores denominan a este estado, Maldesarrollo. Los dos desarrollos ponen en tela de juicio el anhelo de conseguir dicho desarrollo centrado en el crecimiento económico, ya que:

El desarrollo humano pone en cuestión la deseabilidad del desarrollo pues no hay relación directa entre desarrollo y bienestar, incluso el desarrollo puede generar "malestar". Por su parte, el desarrollo sostenible cuestiona la posibilidad del desarrollo, es decir, los problemas de saturación del medio ambiente y el agotamiento de los recursos van en contra de la base material de los procesos productivos. (Fernando Herrera, 2012: 69).

La siguiente característica en común es que cuestionan la efectividad del PIB como indicador del bienestar, ya que, como hemos visto en apartados anteriores, obvian asuntos tan importantes como la distribución de la renta, actividades que no dejan huella en el mercado, etc. (Sutcliffe, 1995; Fernando Herrera, 2012: 70).

Ambos desarrollos, tanto el humano como el sostenible, comparten la inquietud por la distribución de la renta y la igualdad tanto dentro como fuera de una misma nación, en el caso del desarrollo humano, y entre generaciones presentes y futuras, en el caso del desarrollo sostenible (Fernando Herrera, 2012: 70).

Finalmente, el desarrollo humano y el desarrollo sostenible, niegan la definición atribuida al término desarrollo, la cual dictamina que el desarrollo se trata de la fase en la cual las naciones subdesarrolladas se acercan al estado de desarrollo de los países más avanzados. No realizan diferencia alguna entre las naciones subdesarrolladas y desarrolladas, ya que, consideran el problema del desarrollo como un problema mundial (Fernando Herrera, 2012: 70).

Una vez examinados los elementos comunes, expondremos los discordantes. Pero antes de comenzar, debemos hacer un pequeño paréntesis y explicar brevemente tres corrientes que se derivan del concepto Maldesarrollo que hemos mencionado en un párrafo anterior.

La primera, llamada *ampliacionista*, defiende el desarrollo convencional pero incluyendo asuntos tales como la pobreza, desigualdad, derechos humanos, medioambiente, etc. Ésto resulta bastante complicado dado que estos temas no son compatibles con la metodología empleada para el crecimiento económico (Fernando Herrera, 2012: 26).

La segunda es la corriente *reformista*, critica la corriente anterior y el modelo de desarrollo convencional, pero no propone abolirlo, sino que propone una remodelación del mismo, apoyándose en las críticas realizadas al concepto de desarrollo tradicional imperativo como son las desigualdades en la distribución de la renta, el uso del PIB como indicador del bienestar, la equidad de género, los inconvenientes medioambientales, etc. (Fernando Herrera, 2012: 26-27; Neef, 1994).

La última corriente denominada *radical* es mucho más crítica tanto con la metodología empleada como con la epistemología del desarrollo tradicional. Sostiene que el desarrollo convencional se apoya en unos fundamentos basados en la modernidad, o sea, en el conocimiento científico, la razón, industrialización, etc. y que

fueron propagados por todo el planeta suprimiendo otras maneras de razonar y de ver el mundo (Fernando Herrera, 2012: 27-28).

Habiendo ya expuesto estas tres corrientes, procederemos a apuntar los puntos discordantes.

Para empezar, el desarrollo humano tiene un carácter *reformista*, es decir, aboga por una re-conceptualización del término desarrollo convencional, y reconsidera las relaciones entre fines y medios para lograr el desarrollo. Tal y como dice la corriente reformista:

La reorientación con respecto a la visión tradicional del desarrollo radica en que se considera el crecimiento como un medio y no como un fin para el desarrollo y que las estrategias de desarrollo deben ampliar o potenciar las capacidades y la posibilidad real de ejercerlas (libertad positiva), pues esto es lo que lleva a una mayor calidad de vida de las personas, que sería el objetivo último del desarrollo (Fernando, Herrera, 2012: 27).

Sin embargo, el desarrollo sostenible, puede encontrar su hueco en cualquiera de las corrientes, pero sobre todo en las corrientes ampliacionista y reformista.

Dentro de la corriente *ampliacionista*, se trataría de un desarrollo sostenible débil de la Economía Ambiental, donde los recursos naturales son calificados como capital natural, donde la valoración de la naturaleza es de tipo monetario, y donde se asume que el crecimiento no depende del capital natural, sino del capital global (físico, humano, natural, etc.). Igualmente, apoyan la idea de que la naturaleza debe obedecer a la economía y que sólo interesa aquella parte que deja huella en el mercado y puede ser valorada monetariamente. También defiende que la tecnología e innovaciones pueden solucionar los problemas medioambientales, que los capitales son perfectamente sustituibles y que las personas son meros consumidores que participan en el mercado para maximizar su bienestar. (Fernando Herrera, 2012: 51-52 y 70-71).

Dentro de la corriente *reformista*, cito textualmente, “estaría representado por los planteamientos de la Economía Ecológica y la sostenibilidad fuerte, que no ha negado el desarrollo y busca reorientarlo a través de la transdisciplinaridad”. (Fernando Herrera, 2012: 71). Debemos apuntar que la sostenibilidad fuerte considera que el crecimiento económico depende de las limitaciones de la naturaleza y antepone la opinión de los expertos tales como economistas y ecólogos (Fernando Herrera, 2012: 52)

La segunda característica distinta es que mientras el desarrollo humano examina a las personas y sus capacidades humanas, el desarrollo sostenible, aunque tenga relación con los seres humanos, se enfoca principalmente en el medioambiente (Fernando Herrera, 2012: 71).

Al tener objetivos diferentes, las personas que debaten sobre estos términos también serán profesionales con carreras diversas. Así, en las disputas sobre desarrollo humano prevalecen los filósofos y economistas mientras que en los debates de desarrollo sostenible hay una variedad mayor de especialistas tales como economistas, biólogos, ecologistas, etc. (Fernando Herrera, 2012: 71).

Concluyendo, lo ideal sería poder hallar un indicador que recogiese tanto los aspectos que estudia el desarrollo humano como aquellos que examina el desarrollo sostenible, para hacer una medición más integral del desarrollo, pero debemos admitir

que incluir variables tan diversas en un único indicador puede resultar muy complicado.

5. CONCLUSIONES PERSONALES

En este apartado, retomaremos los interrogantes planteados en el primer punto de este documento referido a los objetivos planteados. En primer lugar intentaremos dar respuesta a las dos preguntas principales para luego contestar a las otras dos sub-preguntas.

En cuanto a la primera cuestión, de si un mayor crecimiento económico equivale a un mayor bienestar social, opinamos que no es del todo cierto, sobre todo para las naciones catalogadas como desarrolladas.

Tal y como hemos visto al final del apartado número dos, un crecimiento económico ilimitado que no tenga en cuenta el uso de recursos naturales limitados, tanto renovables como no renovables, produce ineficiencias medioambientales y sociales. Un crecimiento económico ilimitado a largo plazo, pondría en riesgo a nuestros futuros descendientes. Por ello, creemos que es necesario empezar a cambiar nuestra mentalidad y formas de vida, y comenzar a consumir menos, pues tener más bienes no nos hace más felices. Igualmente, deberíamos de empezar a respetar más la naturaleza y a poner medidas más drásticas para no dañarla tanto, castigando a aquellas personas o empresas que no las cumplan. De esta manera, quizás podamos tener un mayor bienestar.

Como ya hemos podido observar principalmente en el apartado tres, en la revisión de *Prosperidad sin crecimiento* y *El fetiche del crecimiento*, en las economías desarrolladas, su máxima aspiración es la de vivir en la opulencia, en una sociedad sumamente consumista que nos conduce a adquirir más y más bienes y servicios porque nos sentimos vacíos, solos, y necesitamos ocupar el mismo a través de más compras. Además, la mayoría de las veces no precisamos realmente de todo lo que compramos. Adquirimos ciertos bienes o pagamos ciertos servicios para emular lo que verdaderamente queremos ser. No compramos por la utilidad que nos van a proporcionar dichos productos, sino por el estatus y reputación que supuestamente nos aportan, para sentirnos que somos parte de la sociedad moderna, para sentirnos que estamos al día en cuanto a la moda, etc. Pero frente a este modelo de sociedad de consumo, y especialmente tras el inicio de la crisis económica que llevamos padeciendo desde 2008, el aumento del paro y de la desigualdad traen consigo una proporción creciente de hogares sin renta suficiente para cubrir sus necesidades básicas, que tampoco cuenta con un sistema público de protección social que cubra estas carencias de mercado.

En el caso de las sociedades económicamente menos favorecidas, las denominadas sub-desarrolladas o en vías de desarrollo, debemos admitir que un determinado crecimiento económico es necesario para mejorar su bienestar. En este tipo de naciones, se carece de alimentos, refugio, transporte y sanidad, por lo que un crecimiento de su economía aportaría muchísima positividad para su bienestar social.

En el primer bloque del análisis del libro *Prosperidad sin crecimiento*, en el apartado tres, cuando Tim Jackson propone la visión del término prosperidad como utilidad, revela que a partir de aproximadamente 15000 dólares por persona, la satisfacción de las personas no se ve afectada debido a grandes incrementos del PIB. Pero simultáneamente, afirma que ésto no ocurre de igual manera en todos los países, sobre todo en aquellos en los que los ingresos son muy bajos. En éstos, un pequeño aumento del PIB ocasiona un aumento en su satisfacción. Por este motivo, Tim defiende que no hay que abandonar el crecimiento universalmente, pero que sí que hay razones para hacerlo en las sociedades más ricas, para permitir el crecimiento de las más pobres. Además, para ratificar estas afirmaciones, como ya hemos visto, Tim nos proporciona una gráfica, en la que el eje de ordenadas representa el porcentaje medio de personas felices y satisfechas con su vida y en el eje de abscisas la variable PIB per cápita. En la gráfica, se puede observar que la tendencia generalizada en los países más pobres es ascendente, es decir, que el porcentaje medio de personas felices y satisfechas con su vida se incrementa al aumentar el PIB per cápita.

De la misma forma, en el primer bloque del punto dedicado a la revisión de *El fetiche del crecimiento*, perteneciente al tercer apartado del documento, Clive Hamilton extrae varias conclusiones a lo largo del mismo. Concluye que por encima de un nivel de renta, los habitantes de los países ricos no son más felices que los habitantes de países más pobres, y afirma que las personas no somos más felices según nos vamos enriqueciendo. Pero recalca que estas conclusiones deben matizarse, ya que es obvio que un aumento de los ingresos logrado gracias a un mayor crecimiento económico, es necesario para personas que son muy pobres, que reciben rentas sumamente bajas con las cuales no pueden obtener recursos básicos como son los alimentos, vivienda y sanidad. Pero también advierte que saber cuál es la naturaleza del crecimiento es muy importante, pues en muchas ocasiones, detrás de ese aumento de renta media en una nación, se encuentra la desigualdad creciente. Así, como hemos visto, afirma que cuando un país supera el nivel por debajo del cual una renta mayor mejora el bienestar, no se necesita crecer más para eliminar la pobreza.

La segunda cuestión sumamente relacionada con la anterior, trataba de si el PIB constituye el mejor indicador para medir el bienestar social, si admitimos, tal y como lo hace la teoría económica convencional, que un mayor crecimiento económico equivale a un incremento en el bienestar social. Tal y como hemos expuesto tanto en el apartado número tres referido a la revisión de los trabajos de Tim Jackson y Clive Hamilton como en el punto dedicado a las críticas del PIB, correspondiente al apartado cuatro, el PIB no recoge diversas variables que tienen mucho que decir acerca de nuestro bienestar individual y social. Por lo tanto, obviar temas como los costes sociales, el trabajo doméstico o el empleo voluntario, los cuales aportan felicidad y ayudan a florecer las capacidades de los seres humanos, no es correcto. Medir variables de tan diversa índole en un único indicador resulta bastante complicado y a día de hoy los expertos e investigadores no han hallado aún un indicador completo que aborde tanto los temas relacionados con el desarrollo humano como con el desarrollo sostenible. A nuestro juicio, esta línea de investigación tiene un interés indiscutible.

En cuanto a la sub-pregunta, trataba de si se puede compatibilizar un desarrollo sostenible con un crecimiento ilimitado. Para formarnos una opinión sobre este asunto, básicamente nos hemos apoyado en el apartado número tres referido a la

revisión de los trabajos de Tim Jackson y Clive Hamilton, *Prosperidad sin crecimiento* y *El fetiche del crecimiento*, respectivamente, y el punto dedicado a la huella ecológica del apartado número cuatro. En nuestra opinión, la respuesta a este interrogante es negativa. Nuestro planeta tiene unos límites ecológicos que debemos respetar. Si continuamos con nuestras pautas habituales de consumo y estilo de vida utilizando masivamente los recursos limitados proporcionados por nuestra madre naturaleza, condenaremos a las futuras generaciones a la carencia de recursos. De la misma forma, crearemos una sociedad enferma debido a la gran contaminación y emisión de residuos generada. Además, debemos tener en cuenta que hay muchísimos recursos que no son renovables y que no pueden ser absorbidos mediante ningún proceso biológico tal y como hemos anotado en el punto correspondiente a la huella ecológica, perteneciente al cuarto apartado del documento presente. Por lo tanto, consideramos que es totalmente urgente empezar a tomar medidas de reducción de escala de inmediato, pero para ello, primero debemos concienciarnos todos los ciudadanos de a pie y gobernantes de la importancia de mantener sana a nuestra madre tierra y simultáneamente, los políticos deberían promover actividades que favorezcan a conseguir un desarrollo sostenible. Concretamente, este tema de reducción de escala, lo hemos expuesto en el tercer bloque de la revisión del libro *El fetiche del crecimiento*, correspondiente al apartado tres de este trabajo de fin de grado, donde Clive Hamilton propone reducir las horas de trabajo, ingresos y nuestro consumo, para así dañar menos la naturaleza y lograr una mayor calidad de vida tanto individual como social. Igualmente, hace hincapié en la importancia de que los gobernantes promuevan este tipo de actividades que modifiquen nuestra forma de vida, prioridades y hábitos de consumo.

6. BIBLIOGRAFÍA

Banco Mundial (s.f.). *PIB per cápita (US\$ a precios actuales)* Recuperado el 25 de marzo de 2016, de:

<http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD>

Banco Mundial (s.f.). *Economía y crecimiento*. Recuperado el 30 de marzo de 2016, de <http://datos.bancomundial.org/tema/economia-y-crecimiento>

Constanza R, Kubiszewski, I, Giovannini E, Lovins H, McGlade J, Pickett K, et al. (2014). Time to leave GDP behind. *Nature* 505, 283–285.

Fernando Herrera, A. (2012). *Encuentros y desencuentros entre el desarrollo humano y el desarrollo sostenible* (Tesis de máster). Bilbao: Universidad del País Vasco.

Global Footprint Network (s.f.). *La Huella Ecológica*. Recuperado el 22 de mayo de 2016, de:

http://www.footprintnetwork.org/es/index.php/GFN/page/footprint_basics_overview/

Hamilton, C. (2006). *El fetiche del crecimiento*. Laetoli, Pamplona.

Ibarra, P. y Unceta, K. (2001). *Ensayos sobre el desarrollo humano*. Icaria: Barcelona.

Jackson, T. (2011). *Prosperidad sin crecimiento*. (A. Ponziano, Trans.). Icaria, Barcelona.

“Lo que se mide es lo que obtienes. El PIB como medida de desarrollo y bienestar, destronado” (28 de Febrero de 2014). Recuperado de: <http://www.evidenciasaludandalucia.es/revisiones/lo-que-se-mide-es-lo-que-obtienes-el-pib-como-medida-de-desarrollo-y-bienestar-destronado>

OCDE (2015a) *Human Development Report. Work for Human Development*. Recuperado de:

<http://www.undp.org/content/undp/es/home/search.html?q=IDH>

OCDE (2015b) *¿Cómo va la vida? Better Life Initiative*. Recuperado de: http://www.keepeek.com/DigitalAssetManagement/oecd/economics/como-va-la-vida-2015_9789264240735-es#page2

PNUD (2015). *Table 1: Human Development Index and its component*. Recuperado de: <http://hdr.undp.org/en/data>

PNUD (s.f.) *Una nueva agenda de desarrollo sostenible*. Recuperado el 22 de mayo de 2016, de:

<http://www.undp.org/content/undp/es/home/sdgooverview/>

“¿Qué son crecimiento económico y desarrollo económico? ¿Se relacionan?” (s.f.). Recuperado el 25 de marzo de 2016, de <http://www.gestiopolis.com/que-son-crecimiento-economico-y-desarrollo-economico-se-relacionan/>

Sutcliffe, B. (1995). Desarrollo frente a ecología. *Ecología Política*, (9), (27-49)

Unceta, K. (8 de Octubre de 2006). Bienestar y Desarrollo. *El País*. Recuperado de:

http://elpais.com/diario/2006/10/08/negocio/1160313269_850215.html

Unceta, K. (2009). Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo: una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones. *Carta Latinoamericana* nº7. D3E- CLAES. Montevideo.

Unceta, K. (2012) Crecimiento, Decrecimiento, y Buen Vivir. En A. Guillen y M. Phélan (Comps.): *Construyendo el Buen Vivir* (pp. 85-96). PYDLOS Ediciones. Universidad de Cuenca, Ecuador.

Unceta, K. (2016). Crecimiento, desarrollo y sostenibilidad. La trampa del concepto, cada vez más peligrosa. *Economistas sin Fronteras*, (21), 27-30.

Unceta, K. (2016). De los ODM a los ODS. *Galde*. Recuperado de: <http://www.galde.eu/de-los-odm-a-los-ods/>

Uxó González, J. (s.f.). Crecimiento Económico. *Expansión*. Recuperado el 25 de marzo de 2016, de:

<http://www.expansion.com/diccionario-economico/crecimiento-economico.html>

